

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses. 8 reales.
Seis meses. 15 »
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bally-Baillere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 41.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses. 42 reales.
Seis meses. 24 »
Un año. 38 »



SIERRA

Bien puedo morir para restituirlos la honra..... (pág. 244, columna 3.ª).

LOS AMORES MORTALES

por

MR. ADRIEN ROBERT

TRADUCCION DE

D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Conclusion.—Véase el num. 45).

Ambos jóvenes cambiaron una mirada silenciosa. Bilderdyck comprendió que era preciso dar un gran golpe.

—Y cuando tiene uno que habérselas con diez y seis drabanes de la guardia..... añadió lentamente, como pesando sus palabras.

—¡Diez y seis! dijo Brawer.

—Y un oficial..... Paréceme que, en ese caso, si sois dos, dos y uno son tres.

Y se señaló a sí mismo.

—Es una buena espada, murmuró Karl al oído de Felipe.

Bilderdyck, al ver ablandarse al enemigo, rebuso con viveza:

—Mirad, caballero, soy de los que, cuando les preguntan: «¿Quién vive?» contestan: «Amigo de todos!» Tenéis en vuestro poder mi vida, que nada vale para vosotros, y que para mí es preciosa. Tomad en cambio mi brazo, que podrá seros útil. Todos ganaremos en el cambio; y como no matándome me pagaréis de una manera régia, os serviré como á un rey.

Todo esto fué dicho con rapidez é interrumpido varias veces por las exclamaciones de ambos jóvenes. Un silencio breve siguió á este corto discurso. El conde habia examinado la fisonomia del capitán. No habia lugar á equivocarse, Bilderdyck decia la verdad.

Koenigsmark era un hombre de acción y de resolución. Se llevó lentamente la mano al bolsillo, y sacando diez monedas de oro, dijo friamente al bandido:

—Hé ahí tu primera mesada de sueldo.

—Sois el príncipe mas magnifico que conozco, dijo el capitán con viveza, cogiendo y besando aquella mano que habia estado tan próxima á concluir con su vida algunos momentos antes.

Felipe recibió aquel homenaje sin pestañear, como un hombre nacido para inspirar ese entusiasmo y ese respeto. Se contentó con proceder al siguiente interrogatorio,

—¿A dónde ibas?

—A reunirme con la condesa de Ruminghem.

—¿Era ella?

—Sí, la que ha pasado á caballo con tres ginetes.

—¡Ah! dijo el conde sorprendido, era su voz!

—E iba á reunirse con vos en Sajonia, á donde creia que os habíais refugiado.

Felipe respiró. Habia previsto un peligro; pero este se hallaba ya apartado. La falsa indicacion que diera de su partida para la corte de Federico Augusto engañó á la condesa. Era un obstáculo menos en el camino de la abadia de Quedlemburgo.

—Segun eso, repuso dirigiéndose al capitán, tú.....

—¡Alerta! alerta! dijo Karl Brawer, quien se habia adelantado hácia el camino para achar la llegada del carruaje, ¡ginetes llegan!

—Ellos son, exclamó Bilderdyck.
—¿Cómo lo sabes? repuso el conde frunciendo el entrecejo.
—No ois el ruido sordo y lejano de un coche?
—Es verdad, dijo Brawer. Y son....
—Diez y seis y un oficial, contestó el capitán.
—Nos tocan á cada uno cinco y dos tercios, dijo el conde riendo; no llega á la mitad de lo que necesitamos.

—¡Goloso! replicó Brawer.
—¡Buen apetito! añadió Bilderdyck desvainando su ancho sable; ¡soy vuestro hasta la muerte, conde de Koenigsmark!

Estas fueron las últimas palabras que se pronunciaron: los tres hombres estaban á caballo, muy arrimados unos á otros, cerrando el camino, con las pistolas en ambas manos, las espadas colgadas de la muñeca y sepultados en la sombra proyectada por las rocas.

En aquel momento apareció el carruaje en el recodo del camino. Los dos faroles proyectaban viva claridad: iba precedido por dos hombres á caballo, que vestían la librea de palafreneros del príncipe Jorge. Seis caballos vigorosos, conducidos por dos postillones, arrastraban el carruaje en que iba encerrada la princesa; luego á retaguardia se oía el pesado galope de los caballos de los drabanes.

En un instante llegó aquel torbellino vivo junto á las tres estatuas que cerraban el camino; pero en el momento en que apenas les separaba un centenar de pasos, los ginetes clavaron espuelas á un mismo tiempo y el terrible grito de Koenigsmark salió de los labios de Felipe, quien intentaba ensayar su efecto en los drabanes, soldados que habían estado dos años bajo sus órdenes y que adoraban á su joven coronel, tan espléndido y generoso.

Esta primera carga produjo el efecto de derribar al suelo á los dos palafreneros; uno de los postillones quedó herido y un caballo muerto. El carruaje se paró en el acto.

Era un éxito magnífico, y como por razón de la oscuridad de la noche no podían ver los drabanes el número de sus adversarios; como lo angosto del camino les impedía que envolviesen al enemigo, necesariamente había de quedar la ventaja por parte de los tres ginetes valientes y dueños de un terreno preparado con antelación. Así sucedió: el oficial que mandaba á los drabanes, viendo que era atacado el carruaje que iba escoltando, se precipitó al encuentro de los agresores llamando á los suyos; pero solo dos ó tres le siguieron; los demás vacilaron, y en aquel momento se alzó delante de ellos un obstáculo casi insuperable.

El coche volcó; los caballos asustados y privados de guías, se levantaron de manos, y el angosto paso se encontró completamente cerrado por aquella masa pesada. Aquel accidente decidió la batalla; los drabanes, cortados, sin jefe, y oyendo retumbar delante de ellos aquel grito terrible de Koenigsmark, cuya temible importancia sabían apreciar, volvieron riendas con rapidez y abandonaron á su oficial y á sus compañeros á merced de la lucha.

Por lo demás, estaba ya terminada, ó faltaba poco. El conde, con su último pistoletazo había roto la cabeza al ginete que se arrojara sobre él, y Bilderdyck había derribado al suelo al otro soldado.

Felipe, vencedor por fin, se precipitó hácia el precioso carruaje; pero allí se mantenía de pie un último adversario, y aunque desmontado por el tiro de Brawer, aguarda friamente el choque de su enemigo. Era el oficial.

—¡Ríndete! le gritó el impetuoso conde.
—Felipe, le contestó una voz grave, y al propio tiempo el desconocido arrojó lejos de sí su ancho sombrero.

—¡Wurzen! exclamó Koenigsmark como aterrado por aquella aparición.

Luego, al cabo de un segundo de vacilación, añadió:

—Por favor, Wurzen, por compasión hácia nuestra mútua amistad, quitaos de ahí.

—El elector me ha confiado la custodia de la

princesa, Felipe, repuso el oficial en el mismo tono, y la guardaré; pasad de largo.

—Es imposible, ya lo sabeis.
—Felipe, estoy aventurando vuestra cabeza en ese juego de robar princesas.

—Y vos, Wurzen, jugais vuestra vida guardándolas. Per última vez, os suplico que me dejéis libre el paso.

Y el conde echó pié á tierra.
—Mi deber está aquí, repuso Wurzen señalando al suelo.

—Y mi amor allí, contestó Felipe señalando al coche.

Sus espadas se cruzaron.

Wurzen se hallaba colocado de tal modo que interceptaba completamente el paso, pues su caballo muerto se hallaba tendido junto á él. El coche estaba á quince pasos á retaguardia suya, y la princesa se hallaba encerrada en él sin poder salir de aquella prision volcada. Así, pues, era imposible vacilar; no había mas remedio que pasar por encima del cuerpo de Wurzen. Cada minuto era un siglo para los audaces agresores. Se había dado la alarma: los drabanes podían volver.

El conde atacó con estremado furor, y no obstante su dolor por verse obligado á batirse con un amigo íntimo, desplegó todos los recursos de la esgrima que tan á fondo poseía.

Pero Wurzen no era un adversario despreciable como tirador de espada, y además la oscuridad de la noche y lo escabroso del terreno entorpecían los movimientos de los combatientes; no obstante los esfuerzos de Felipe, las primeras estocadas no fueron decisivas. Los dos adversarios se detuvieron de comun acuerdo, después de tres ó cuatro pasas, como campeones que han probado sus fuerzas y que toman aliento antes de terminar una lucha fatal. Pero en aquel momento se alzó súbitamente una sombra detrás de Wurzen, y oprimiéndole entre sus brazos rodó con él al suelo en una presión terrible y mortal.

Todo esto fué cosa de pocos segundos; Koenigsmark había conocido á Bilderdyck. Saltó por encima de los dos enemigos enlazados como serpientes, y dejando que Brawer acudiese á socorrer al capitán, acudió presuroso junto al coche.

En un momento rompió un tablero de la caja con el pomo de su espada, y entonces comprendió el prolongado silencio de la princesa Sofía durante aquella batalla que se daba por ella, por su libertad, por su vida quizás. El espanto se apoderó de ella en el momento decisivo: estaba desmayada.

Koenigsmark cogió en sus brazos aquel fardo dulce y ligero, y prodigándole los nombres mas tiernos y cariñosos, comenzó á correr hácia su caballo; aun no había andado tres pasos cuando encontró á Brawer montado y que se le llevaba del diestro. El conde montó en seguida, y colocando á la princesa delante de sí con el auxilio de su amigo, volvió riendas hácia Sajonia. Pero en el momento de arrancar dijo:

—¿Y Wurzen?
—¡Muerto! contestó Brawer.
—¿Y Bilderdyck?
—También.
—¡Pobre Wurzen! murmuró Felipe.

Dos lágrimas cayeron de sus ojos sobre el pálido rostro de su amada, desmayada entre sus brazos.

Y los caballos partieron á galope por el camino de la abadía de Quedlemburgo.

XIV.

LA MUJER AMADA.

Este rapto de una princesa enlazada con las principales familias reales; este rapto intentado en pleno siglo XVIII, en una época en que la Alemania, habiendo salido por fin de los desastres de la guerra de treinta años, disfrutaba ese reposo y esa tranquilidad que es uno de los caracteres de los modernos tiempos; este rapto parecería inverosímil hasta en una novela; si no estuviese ahí la historia para atestiguarlo. Este epi-

odio de los anales de Hannover fué como un eco de los dramas sangrientos que se habían representado en Europa hacia tantos siglos, y su desenlace fué tan chocante para las costumbres renovadas ya, que los actores que sobrevivieron á aquella escena, no cesaron de condensar en torno suyo tinieblas y dudas, apenas disipadas por la luz de la crítica nueva.

Los dos ginetes vencedores, pero dejando en pos de sí un rastro de sangre y de cadáveres, comprendían que no podían perder un solo instante para sustraer al enemigo aquel precioso botín, arrebatado á tal costa. De un momento á otro, los drabanes rechazados podían volver con refuerzos, porque solo distaban una legua de Hannover, y el ruido de los tiros debió oírse á lo lejos en el campo.

Así, pues, apresuraron la carrera de sus caballos y corrieron unas tres leguas sin detenerse, aunque la princesa desmayada cansaba mucho con su aumento de peso al caballo de Koenigsmark. Karl no había soltado las riendas del caballo de Bilderdyck, sobre el cual esperaba colocarla tan luego como recobrase el sentido.

Al cabo de aquel espacio de tiempo, viendo Felipe que no les perseguían, juzgó oportuno dar un poco de descanso á los caballos, y al paso prodigar algunos auxilios á la princesa, por lo cual, viendo un manantial, cuyas cristalinas aguas salían del bosque y corrían hasta la orilla del camino, detuvo á su caballo y se dispuso á echar pié á tierra.

Solo en aquel momento se vió que Sofía había vuelto en sí hacia próximamente media hora; pero la valerosa joven, al recobrar el sentido, comprendió desde luego su situación. Mlle. de Carlsbad solo pudo transmitirle un aviso incompleto por medio de una señal hecha desde lejos; pero desde el momento mismo en que una señal llevaba una esperanza de salvación, comprendió que esta no podía proceder sino de Koenigsmark. Por eso, mientras el carruaje que le servía de encierro recorría rápidamente el camino de Alden, en donde una sentencia inexorable había de sepultarla para el resto de sus días, no cesó de prestar atento oído al ruido mas leve, temblando y llena de esperanza á la vez.

Al percibir el sonido de los primeros tiros, se estremeció; pero su corazón latió aun con mayor fuerza cuando en medio de la pelea oyó la voz energética y varonil de su amante, que provocaba al enemigo y estimulaba á los suyos.

De pronto calló aquella voz después del segundo combate: era el momento en que Felipe, hallándose frente á Wurzen, empeñaba la lucha, cuyo término había de ser fatal para este. La princesa no podía adivinar la causa de aquel silencio. Debía creer, y creyó, que Koenigsmark había muerto. Su sangre se heló en sus venas y le faltaron las fuerzas. La muerte suspendida sobre su cabeza no hubiera podido conmoverla: la muerte de Felipe la mataba. Se desmayó recordando las palabras de Mlle. de Ruminghem: «Habréis que le maten, como Bernardo ha sido muerto en el camino de Halbersladt.»

Cuando volvió en sí, un aire dulce y embalsamado le acariciaba el rostro: era el aire de la libertad. El fuerte aroma de los bosques acababa de restituir el vigor y la energía á su dolorido cuerpo, y un brazo poderoso y tierno sostenía aquel cuerpo medio inclinado sobre la silla del caballo, como una flor magullada por la reja del arado, y á la que acaba de refrescar y dar vida el rocío de la noche.

El viento que le azotaba el rostro, aquella carrera impetuosa, aquellos objetos desconocidos, fantásticos, metamorfozados por las sombras de la noche, todas aquellas imágenes inesperadas hicieron creer por un momento á la princesa que estaba muerta; pero cuando levantó lentamente sus ojos medio cerrados, vió alzarse ante ella, como un astro, el dulce y hermoso rostro de aquel hombre á quien tanto había amado.

Por un momento creyó también Sofía que soñaba, y por temor de despertar demasiado pronto, permaneció muda é inclinada, dejándose mecer en aquel dulce galope, en aquella ilusión radiante.

Solo cuando Felipe quiso apearse del caballo sosteniéndola, se incorporó levemente, se deslizo desde la silla al suelo, se encontró súbitamente de pié delante de él, y le tendió la mano murmurando esta sola palabra:

— ¡Gracias!

Felipe cogió aquella mano y la cubrió de besos prolongados y apasionados. El sueño se convertía en realidad; pero esta valía tanto como aquel.

Luego no hubo mas. Brawer se habia apresurado á arreglar para la princesa la silla de Bilderdick, atando al arzon la culata de una de sus pistolas, que envolvió con su capa. En aquel momento, Sofía, mas serena, hacia su primera pregunta:

— ¿A dónde vamos?

— Vamos huyendo, señora, repuso Brawer.

Entonces se oyó á lo lejos el relincho de un caballo.

— ¡En marcha, en marcha! exclamó el conde; no hay en todo Hannover un solo caballo que valga tanto como los nuestros. En marcha: tenemos que llegar temprano al relevo de posta.

Eran próximamente las once de la noche. Los tres ginetes partieron con la rapidez del rayo, y corrieron otras tres horas sin detenerse. Al cabo de este tiempo podían hallarse á unas trece ó catorce leguas de Hannover, porque el ataque se habia verificado á una legua de la ciudad y habian corrido durante la primera hora á rienda suelta, antes de la parada en que la princesa volvió en si y montó á caballo.

Ya no se oía relincho alguno; pero los caballos estaban cansados y soplaban con tanta fuerza hacia un cuarto de hora, que ya era indispensable detenerse para dejarles descansar.

Apenas hubieron refrenado á los pobres animales, cuando Karl, apeándose, se arrojó con presteza y aplicó su oído al suelo. Al cabo de algunos segundos, se levantó y pareció que estaba satisfecho de su examen. La tierra ya no le llevaba ruido alguno de galope lejano: sus perseguidores quedaban muy atrás. En efecto, pocos caballos de silla pueden sostener durante cuatro horas una carrera de tres leguas por hora sin descansar.

Felipe, por su parte, no habia perdido el tiempo. Despues de haber hablado algunas palabras en voz baja con la princesa, habia ido á examinar con la mayor atención el lindero del bosque, y sus compañeros le oyeron lanzar un grito de triunfo.

— Hé ahí un sendero, dijo estendiendo su brazo hacia la izquierda, que conduce á la casita del elector y que nos hará atajar por lo menos dos leguas. Muchas veces le habia yo recorrido cuando iba á ver á mi hermana y andaba cazando por los alrededores de la abadía; pero temi que los jarales y la oscuridad de la noche me impidiesen encontrarle.

— Pues entonces partamos, dijo la princesa soltando las riendas de su caballo.

— Aguardad un momento, dijo Brawer; como es evidente que nos persiguen, ante todo debemos desorientar al enemigo y no detener nuestras huellas precisamente en el sitio en que variamos de camino. Mi caballo está menos cansado que el vuestro, Felipe, aguardadme.

Al decir esto lanzó su caballo á galope por la tierra del camino que, estando allí muy removida y cubierta de polvo, conservaba profundamente impresas las huellas de las herraduras, y al mismo tiempo el pintor se inclinaba sobre su silla de modo que viese bien el rastro que dejaba en el suelo.

Los dos amantes que habian quedado solos, esperaban verle desaparecer en la oscuridad de la noche, y ya asomaban las palabras á sus labios, cuando de improviso observaron que retrocedía hacia ellos con rapidez.

— Trabajo inútil, dijo sonriendo; Mlle. de Ruminghem y sus bandidos se han encargado de burlar la atención de los sabuesos mas finos. Sus caballos han hecho señales de seis pulgadas de anchas. Si el principe Jorge viene corriendo detrás de nosotros, mucha sorpresa le causará la caza que coja.

Y al decir esto, Karl no pudo contener una car-

cajada ruidosa, pensando en aquella persecución singular que aseguraba su salvación.

Pero al oír la princesa cierto nombre, no pudo rechazar un sentimiento que se deslizo hasta su corazón cual fria culebra, y dijo con ansiedad:

— ¿Mlle. de Ruminghem?

— Mas tarde lo sabréis todo, contestó el conde con viveza.

— Y aun cuando todas las Andreas del mundo estuviesen con todos los Jorges imaginables, repuso alegremente Brawer, cuando estemos ya en la casita y con caballos de refresco, yo respondo de que no volverán á vernos en toda su vida. Mirad, imitadme.

Karl se encontraba entonces en frente de la entrada del sendero. Esta entrada, poco frecuentada, se hallaba muy obstruida con yerbas y matorrals, y como sucede con frecuencia, la zanja de desagüe abierta en la orilla del camino no se interrumpe en la entrada del bosque.

Karl refrenó á su caballo en el mismo sitio en que se hallaba, le clavó la espuela y le hizo saltar la zanja con el fin de no dejar señales en el camino. La princesa, y despues Felipe, le imitaron con igual fortuna; solo que, como el conde habia inclinado levemente su caballo á un lado para ayudar al de Sofía, su espuela se enredó en una rama y se rompió la correa que le sujetaba. Felipe no tuvo tiempo para recogerla y siguió corriendo para reunirse con sus compañeros.

Un cuarto de hora despues vieron el tejado de la casa y echaron pié á tierra delante de la verja entreabierta.

— ¡Salvados! exclamó Karl entrando; nos hemos salvado, pero no sin trabajo, y debemos dar gracias á Dios.

La princesa le siguió con lentitud, abrumada de cansancio por la carrera que acababa de dar, pero apoyada en el brazo de su querido y leal Felipe.

Ambos se decían esas palabras que solo el alma oye y el corazón repite.

XV.

LA MUJER AMANTE.

— ¿Se ha muerto ese diablo de Arnheiter, ó está dormido? exclamó Karl, quien despues de haber entrado en la casa subia por la escalera y llamaba á gritos al criado por todas partes.

Sus dos compañeros recorrieron con ansiosa rapidez todas las habitaciones de la casa. Exploraron alternativamente todos los rincones, volvieron á bajar á las caballerizas, y contra lo que esperaban, no encontraron en ellas hombres ni caballos.

Sin embargo, varios indicios evidentes revelaban el paso reciente de otras personas. Además de que la casa, habitualmente cerrada con el mayor cuidado, estaba abierta por todas partes; los pesebres de la cuadra anunciaban que allí habian comido caballos, y un gran fuego encendido en la sala, así como una colacion que se hallaba dispuesta en el comedor, revelaban en todos los preparativos la mano de Arnheiter ejecutando las órdenes de Felipe y de Karl.

Pero Arnheiter no parecia, ni se tenian noticias de su partida.

Los tres fugitivos se miraron un momento con inquietud cuando, habiendo llegado al término de sus prolongadas pesquisas, vieron su completa inutilidad. Entonces hicieron un nuevo esfuerzo y volvieron á pasar varias veces buscando por los mismos sitios. Felipe bajó al jardín y llamó á Arnheiter; pero nadie le contestó. Quería internarse en las sombrías alamedas; pero la princesa se opuso á ello, temiendo alguna asechanza ó emboscada. Además Karl hizo observar que siendo harto pequeño el jardín, era imposible que Arnheiter no oyese sus voces, y que, por otra parte, no habian de estarse paseando con caballos por un jardín.

Era evidente que la casa estaba desierta.

Urgía el tiempo: era preciso decidirse.

— No podemos ir mas lejos, dijo el conde; mi caballo está aspeado. El de Bilderdick no es tan bueno como los otros dos. Solo veo un medio.

— ¿Cuál es?

— Karl, cuyo caballo no se halla en tan mal estado, va á marchar en busca de Arnheiter; e caso necesario, irá hasta la abadía que solo dista tres leguas de aquí.

— ¿Y tú y la princesa? preguntó Brawer.

— Yo voy á cerrar cuidadosamente esta casa, en la que, por lo demás, es poco probable que nos descubran. Estoy bien armado y todo es esperar dos ó tres horas á que Brawer vuelva con fuerzas. ¿Quién quereis que nos ataque en medio del bosque?

Karl impugnó durante algun tiempo, todavia, las razones de Felipe, que, sin embargo, eran excelentes; pero experimentaba cierto presentimiento triste y fatal, que le impedia abandonar á su amigo solo en aquella casa y en medio de aquel bosque.

La princesa resolvió la dificultad, diciendo:

— Partid, Mr. Brawer, partid sin tardanza. Toda lentitud es peligrosa. Haced que en la abadía de Quedlemburgo me dispongan una litera y una escolta para continuar mi viaje sin obstáculos.

Los dos jóvenes se dirigieron una mirada de sorpresa. Pero la voluntad de la princesa espresada de una manera terminante, debia ser, y era sagrada para ellos.

— V. A. será obedecida, contestó Karl inclinándose.

Bajó, montó á caballo, y le oyeron alejarse con rapidez.

Los dos amantes quedaron solos en la sala grande, en donde Arnheiter el invisible habia hecho todos los preparativos necesarios para recibirles.

La princesa estaba sentada y como sepultada en un sillón inmenso colocado junto al fuego. Las ondulaciones del vacilante resplandor que salía del hogar le cubrían en ciertos momentos con una claridad deslumbradora, y enseguida la dejaban sepultada en una semi-oscuridad, en la cual se destacaban, cual una aparición radiante, las facciones de su hermosa cabeza. Con la cara apoyada en su mano derecha, parecia que trataba de penetrar lo porvenir y adivinar el desenlace de su singular existencia. Los hermosos cabellos rubios que rodeaban aquella frente preocupada, por la dulzura de su color, formaban singular contraste con su mirada sombría.

Er frente de ella estaba Koenigsmark de pié. Despues de haber seguido á Karl hasta la puerta exterior, con el fin de echar los cerrojos, volvió á subir silenciosamente, colocó sus pistolas sobre un velador con el fin de tenerlas al alcance de su mano en caso de sorpresa, y sorprendido por la profunda melancolia de la princesa, él tambien se puso á contemplarla sin pronunciar una palabra.

¿Cuáles eran sus pensamientos y sus esperanzas? Al lector, que ha seguido el curso de esta historia dejamos el cuidado de comentarlos por si mismo.

Solo que, en contrario de lo que sucedía á la princesa, un rayo de júbilo y de ventura era lo que iluminaba su rostro.

Estaba allí, de pié, y parecia un retrato desprendido de su marco, y que habia vuelto á la vida, merced á la omnipotencia del Creador para cumplir el destino de aquella gran raza.

Pero lo que hubiera sorprendido de una manera mas poética al espectador de aquella escena muda, era el contraste profundo que existía entre el conde y la princesa. La mujer era rubia, rosada, dotada de una hermosura dulce y delicada, como una llama dorada que vaga por el aire, sin que se vea el hogar que la alimenta, por lo puro é impalpable que este es; el hombre tenia ojos azules oscuros, animados de vez en cuando por un fulgor sombrío, una cabellera negra y rizada, cejas del mismo color y arqueadas, el semblante tostado por el sol y la intemperie á que se hallaba espuesto durante la guerra; era todo pasión, fiebre, deseo, como la roja llama del incendio que devora y consume. Parecian los amores de un caballero de Velazquez, con una madona de Alberto Durero.

Al cabo de un silencio prolongado, los pensamientos de Felipe estallaron así:

—Segun eso, ¿V. A. no se detendrá en la abadía de Quedlemburgo?

—¡No, Felipe! no, mi fiel amado! Antes de consagrarme por entero á la felicidad, me falta cumplir un deber.

—¿Un deber? dijo el conde con cierta amargura.

La voz de la princesa tembló al oír esta reconvencción indirecta; pero nada perdió de su dulzura.

—Un deber para con mis hijos y para con vos, conde. Quiero permanecer pura y honrada. Esta noche me habeis arrebatado por fuerza á mis opresores; yo no soy una esposa que huye villana y cobardemente del techo conyugal para ir á sepultar su vergüenza en un rincón del mundo con su amante. No; soy una cautiva que huye de la espada desnuda de sus carceleros y sus verdugos, y vos sois mi libertador. No voy á buscar un retiro oscuro, sino la luz de la opinion y el juicio de mis iguales. La corte del duque de Wolfenbutel, mi primo, está abierta para mí, hace mucho tiempo. Allí es á donde voy, allí es á donde quiero apelar á las tres ramas de la casa de Brunswick, y á nuestro señor y padrino S. M. el emperador de Alemania. El señor elector de Hannover ha pretendido juzgarme entre las cuatro paredes de su palacio. Yo pretendo hacer que le juzguen á la faz de la Alemania entera. Me oirán, y pública y honrosamente será como destruyan unos vínculos odiosos. Entonces, la mujer pura y respetada, podrá elevarse de su rango de princesa reinante al rango de esposa afortunada: no caerá, Felipe.

Y al decir estas últimas palabras con un acento de indefinible altivez, tendió la mano al conde, quien solo pudo comprimirla con fuerza su corazón harto violentamente agitado, y murmurar con voz temblorosa:

—¡Yo esposo vuestro!....

—Mi marido, si, mi marido ante todos y ante Dios, noble y leal Felipe. El nombre de Koenigsmark, llevado por tí, es un blanco armiño sin mancha, que vale tanto como el de todos los reyes del mundo, y por eso es preciso que tu mujer esté tan pura y tan immaculada como tú; que ninguna sospecha pueda alcanzarla, y que el presente sea tan puro como el pasado: ahora bien; desafío al mundo entero á que encuentre una prueba que pueda hacer que me culpen.

—Os equivocáis, señora, dijo la voz amenazadora de una nueva persona que había entrado de improviso.

—¡Andrea! exclamaron á la vez la princesa y el conde.

Andrea iba vestida con una amazona de paño que la dejaba completa agilidad y libertad de movimientos. Un ancho sombrero de hombre cubría su frente. Llevaba en la cintura dos pistolas y un cuchillo de monte. Aunque estaba cubierta de polvo por la larga carrera que había dado en aquella misma noche, tenía un aspecto resuelto y lleno de desembaraço. En aquel momento, todo en ella recordaba á la heroína del sitio de Debreczin.

Se adelantó lentamente hasta el centro del salón, y sin aguardar respuesta á sus palabras singulares, comenzó á recitar en alta voz el contenido de la carta confiada al infortunado Bernardo para el conde, de la carta vendida por Bilerdyck.

—¡Mi carta! exclamó la princesa.

—¡Miserable! vos fuisteis quien hicisteis asesinar á Bernardo, dijo el conde lívido de furor.

—El marido de esta señora, repuso Andrea sin desconcertarse, se había encargado de este cuidado. Solo que, como es á la vez pródigo de sangre y avaro de dinero, he pagado al asesino mejor que él, y he conseguido poseer la carta.

—Vais á restituirmela en el acto.... dijo Koenigsmark exasperado y dando un paso hacia Andrea.

—¡Oh! está en sitio seguro, dijo Andrea con perfecta calma.

Koenigsmark lanzó un rujido al ver su impotencia. Conocía á Andrea y sabía que decía la verdad.

La princesa estaba aterrada. ¿Podía quejarse? Ella misma era quien había declarado la guerra á aquella mujer, y se desden le había hecho heridas que nunca se perdonan.

Andrea repuso con el mismo tono burlón:

—Además, no he recorrido quince leguas á caballo para venir á regalárosla, conde. Yo nada doy de balde, vendo.

—¡Vender! dijo Sofia estupefacta.

—Abrigó la esperanza de tener que habérselas con un alma interesada.

—¡Cuanto quereis! exclamó el conde, á quien el temor y la rabia cegaban en tal manera, que por un momento olvidó quién era la mujer con quien luchaba.

Una sonrisa de triste amargura arqueó los labios de Andrea, y repuso:

—Exactamente el precio que vale para la señora princesa.

—¿Cómo?

—¡El honor y la felicidad!

—¡El honor! dijo la princesa.

—Vos misma me lo habeis dicho, señora, toda la Alemania sabe que he sido la querida de Mr. de Koenigsmark, y mi hermano vive alejado de la corte de Hannover. ¡Oh! vos me lo dijisteis: para erguir de nuevo mi frente, no tengo mas que un medio, y es el de ser mujer del señor conde Felipe de Koenigsmark.

—¡Su mujer! dijo la princesa con estupor.

—¡Mi mujer! dijo Felipe con desprecio.

—Seré su mujer, repuso Andrea, ó de lo contrario quiero que la Alemania entera sepa al menos por quien he sido abandonada.

—¡Y os atreveis á compararos!.... exclamó el conde.

—¿Por qué no, si gustais? dijo Andrea con altivez. Tengo tanto empeño como cualquiera otra en conservar puro y limpio mi nombre. Así lo estaba en la cabeza de mi padre. Mi hermano será un hidalgo leal. ¿Hay, por ventura, desigualdades de rango en las faltas?.... Si, pero en cierto sentido, no lo olvidéis.... Cuanto mas alta se halla colocada una persona, mayor es la caída. Mi última frase es justa: ¡honra por honra!

A esta declaración siguió un silencio profundo. Los argumentos de Andrea de Ruminghem no admitían réplica: ¿qué podía contestar Felipe?

A aquella mujer la había seducido, amado y perdido.

¿Qué podía decir la princesa?

Honra por honra. Era en extremo lógico.

—En fin, ¿que quereis? dijo Koenigsmark con tono sombrío, pero resuelto.

—Vuestra palabra de que os casaréis conmigo, repuso Andrea; sé que un Koenigsmark nunca ha faltado á su palabra: *Die Martis feries*, dijo recordando el lema del escudo.

—Felipe, os prohibo que acepteis, exclamó la princesa con viveza; todo lo sufriré antes que....

Koenigsmark se adelantó hacia ella, hincó una rodilla en tierra y dijo:

—Será la única vez en mi vida en que me suceda desobedecer á V. A. ¡Perdon!

Luego se levantó, se acercó á una mesa, cogió una pluma y escribió. En seguida estampó su sello y dijo:

—Ahí teneis lo que pedis; pero.... ¿y la carta?

Andrea se acercó á una ventana de la sala, la abrió é hizo una señal.

Al cabo de algunos segundos apareció un hombre. Andrea le dijo algunas palabras en voz baja. El desconocido le entregó un papel y se retiró.

—Ahí la teneis, dijo la condesa.

Felipe le entregó su escrito en cambio, y dió la carta á la princesa, quien sollozaba en un sillón. No tuvo que hacer mas que dirigirle una ojeada para conocer su esquila fatal. En un instante la devoraron las llamas.

Entre tanto Andrea leía con la mayor sorpresa el escrito de Koenigsmark, que se hallaba concebido en estos términos:

«Ante Dios y ante los hombres, en el momento de morir, nos Carlos Felipe, conde de Koenigsmark, príncipe de Halmstadt, declaramos haber

tomado por legítima esposa á la condesa Andrea de Ruminghem.

»24 de enero de 1711.

«Firmado, conde de Koenigsmark.»

Al pié estaba el sello.

Era todo el estado civil de la época, y el título era completamente válido.

—¿Qué quiere decir esto! exclamó Andrea, en el momento de morir....

Pero Koenigsmark no le contestó. Había cogido una de sus pistolas y se dirigía hacia la puerta.

—¿A donde vais? dijo la princesa.

—No saldréis de aquí, exclamó Andrea cerándole el paso.

—Bien puedo morir para restituir la honra, contestó Felipe con calma; pero no puedo vivir deshonorado. Nunca seré de otro modo el marido de la querida del príncipe Jorge, añadió señalando al papel.

—¡Yo! exclamó Andrea retorciéndose los brazos, yo nunca he amado mas que á tí.... ¡Nunca he pertenecido á otro hombre, te lo juro ante Dios!

—¡Mentís!....

—Por mi salvacion eterna....

Felipe le tapó la boca con la mano.

—¡Corrienté, le dijo; pero lo creen, y eso basta!

Y dió un paso para salir. Andrea se agarró convulsivamente á su casaca y le dijo:

—¡Muy miserable debo ser á tus ojos!....

El conde bajó la cabeza sin contestar. Andrea retrocedió hasta la chimenea aterrada, fuera de sí.

—¡Entonces vive! exclamó.

Y tiró el escrito al fuego.

Hubo un movimiento de estupor.

—Es imposible, repuso el conde, un Koenigsmark no tiene mas que su palabra; he hecho un trato y es el precio de esa carta. No puedo devolver la carta, así como vos no podeis restituirme mi palabra. Nuestra honra está mas alta que la de los demás hombres. Mi abuelo envió su mano al emperador hasta desde el fondo del sepulcro. Es preciso morir.

—¡Felipe! gritó entonces la princesa, quien había contemplado silenciosa aquel drama esperando su desenlace; Felipe, la carta está quemada; pero yo me acusaré, lo confesaré todo.... Así que laáis cumplido con esta señora.... Vivid.

—¡Como le ama esa mujer! pensó Andrea. Yo soy quien debo morir.... ¡Partid juntos, partid!

Koenigsmark se detuvo un instante ante aquellos dos amo es tan grandes, tan inmensos, tan llenos de abnegacion, que había logrado inspirar. Miró y vaciló.

En suma, como Andrea se lo había dicho, la había amado, seducido y deshonorado.

Pero á la princesa la amaba. Era el pasado que se alzaba con todo su poder ante el presente; el pasado, esa cosa inexplicable, en lucha con el presente.

—¡Seré deshonorada, decía la princesa, vivid!

—¡Moriré, decía Andrea, vivid!

¿Cuál de aquellos dos sacrificios debía prevalecer? Ambas daban su amor: una echaba en la balanza su honor; la otra, su vida.

A un hombre le era muy lícito vacilar; pero la muerte había hecho ya su eleccion.

XVI.

LOS AMORES MORTALES.

Sonó en el jardín un silbido.

—¡Un peligro! exclamó Andrea saltando hacia la ventana.

El mismo hombre que había llevado la carta no hizo mas que aparecer y desaparecer diciendo:

—La casa está cercada por el príncipe Jorge y los drabanes. ¡Huid!

Por un mismo instinto, las dos mujeres se precipitaron hacia Felipe para cubrirle con sus cuerpos.

Pero Koenigsmark no vaciló. Desde el momen-

to en que el peligro fué palpable, el soldado, el general reapareció.

—Echaos á un lado, dijo apartando á las dos mujeres, á fin de que no hagan fuego sobre vosotros al resplandor de las lamparas.

Al decir estas palabras, fué á la ventana para echar las cortinas con la misma serenidad que si no se hubiese hallado espuesto á peligro alguno. Sonaron dos tiros; las bajas pasaron sin herirle. La tercera fué mejor dirigida, porque Andrea, que se había arrojado delante de él, cayó al suelo bañada en sangre; la palabra espiró en seguida en sus labios, su mirada buscó á Felipe y cayó inanimada.

Sofía se cubrió el rostro con ambas manos para no ver aquel espectáculo horrible.

—¡Miserable! exclamó Koenigsmark lanzando un aullido.

Y saltando por la ventana, cayó con espada en mano en medio de los agresores, en el momento en que cuatro ó cinco hombres penetraban en la sala por la puerta.

—Llevaos á la señora, dijo uno de aquellos hombres, que parecía mandar á los demás, señalando á la princesa.

Sofía no opuso resistencia. El jefe se dirigió entonces á la ventana y se inclinó hacia fuera.

Koenigsmark estaba allí todavía, con tres cadáveres en torno suyo, una rodilla en tierra, tanta era la sangre que había perdido; pero acorralado y amenazador como un león.

—Conde de Koenigsmark, le gritó el jefe, me habeis enviado un reloj, y como soy yo el ofendido, tiro el primero.

Y cogiendo la carabina de uno de sus soldados, hizo fuego.

Felipe cayó muerto. El desconocido se volvió para salir, Andrea había oído sus palabras. Hizo un esfuerzo supremo, se llevó la mano á su herida, y arrojó su sangre á la frente del asesino.

Media hora después, al salir el sol, apareció un grupo de ginetes en la verja de la casita; era Brawer que llegaba con la gente de la abadía.

Cuando hubieron alzado los cadáveres, calientes todavía, cogieron la ancha capa verde y blanca de Koenigsmark, y colocaron en ella al conde al lado de Andrea, como el bispo junto al cetro.

En el momento en que los cuerpos se tocaron, su sangre dejó de correr y pareció que Andrea se estrechaba contra Felipe.

Un joven alto, que había dirigido todos estos preparativos, mandó conducir entonces los cadáveres á una zanja abierta en el jardín.

Allí los bajaron á ambos, uno después de otro: Braver cogió unas retamas y las dejó caer sobre ellos derramando abundante llanto.

El joven extranjero no quiso que se escribiese nombre alguno sobre el sepulcro del último Koenigsmark; únicamente, cuando hubo caído la última palelada de tierra, estendió el brazo hacia el horizonte, en dirección á Hannover, y dijo:

—Jorge, algún día volveré á encontrarte á ti y á los tuyos!

Aquel joven era Mauricio de Sajonia. Cumplió su palabra en Fontenoy.

FIN.

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

Por D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Conclusion. — Véase el núm. 15).

Aquella tumultuosa multitud tan ruidosa poco antes, se tornó silenciosa y atenta, dominada por la impresión que de antemano producía la tragedia terrible que iba á representarse delante de ella.

—Que desaten á los prisioneros, dijo Corazon Leal.

Esta orden fué ejecutada inmediatamente.

—Deme V. su puñal, dijo Franck.

El cazador se le dió.

—¡Gracias, y adiós! dijo el pirata con voz firme; y entreabriendo su ropa, se hundió lentamente el puñal hasta el mango en el pecho, sonriéndose como si saborease la muerte.

Una palidez livida cubrió gradualmente su semblante; sus ojos rodaron en su órbita lanzando miradas estraviadas; se tambaleó como un hombre ébrio, y cayó al suelo.

Estaba muerto.

—¡Ahora yo! dijo el pirata que le seguía, y arrancando de la herida el puñal humeante, se le clavó en el corazón.

Cayó sobre el cadáver del primero.

Después de este le llegó su vez á otro, luego á otro, y así sucesivamente; ninguno vaciló; ninguno manifestó el mas leve temor; todos cayeron sonriendo y dando gracias á Corazon Leal por la muerte que le debían.

Los circustantes estaban aterrados por aquella ejecución espantosa; pero fascinados por tan terrible espectáculo, embriagados, por decirlo así, por el olor de la sangre, permanecían allí, con la mirada fija y el pecho anheloso, sin poder apartar sus ojos.

Muy luego no quedó mas que un pirata; este miró un instante el montón de cadáveres que había junto á él, y sacando en seguida el puñal del pecho del que le había precedido, dijo sonriendo:

—Es uno feliz al morir en tan buena compañía; pero ¿á dónde diablos va uno despues de muerto? ¡Bah! qué bruto soy! voy á saberlo!

Y con un gesto tan rapido como el pensamiento se clavó el puñal y cayó muerto en el acto.

Aquella carnicería espantosa, solo había durado un cuarto de hora (1).

¡Ni uno de los piratas tuvo que repetir la puñalada! todos se mataron al primer golpe!

—¡Venga para mí ese puñal, exclamó Cabeza de Aguila sacándole humeante del cuerpo palpitante del último bandido; es una buen arma para un guerrero! Y se le colocó friamente en la cintura, despues de haberle limpiado en la yerba.

Arrancaron las cabelleras á los piratas, y sus cadáveres fueron conducidos fuera del campamento.

Los abandonaron á los buitres y demas aves carnívoras, á las que habían de suministrar abundante comida, y que, atraídas por el olor de la sangre, revoloteaban ya por encima de ellos lanzando lugubres graznidos de alegría.

La temible partida del capitán Ouaktehno estaba aniquilada.

Desgraciadamente aun quedaban otras en las praderas.

Después de la ejecución, los Indios regresaron con la mayor indiferencia á sus chozas; para ellos no había sido mas que uno de esos espectáculos á que hacia mucho tiempo que estaban acostumbrados, y que ya no alcanzaban á conmover sus nervios.

Los tramperos, por el contrario, no obstante la existencia que tenían en las praderas y lo acostumbrados que estaban á ver derramar sangre ó á derramarla por sí mismos, se dispersaron con el pecho oprimido y el corazón conmovido por aquella carnicería espantosa.

Corazon Leal y el general se dirigieron á la gruta.

Las señoras, encerradas en el interior del subterráneo, ignoraban la escena terrible que acababa de representarse y la expiación sangrienta que le había puesto término.

XV.

EL PERDON.

La entrevista del general y de su sobrina fué muy tierna.

(1) Toda esta escena es histórica y de rigurosa exactitud: el autor asistió en la *Apachería* á una ejecución igual.

El viejo militar, que tanto había sufrido en los últimos días, se sintió muy feliz al estrechar entre sus brazos á aquella cándida niña que, á la sazón, constituía toda su familia, y que por milagro se había salvado de las desgracias que la perseguían.

Estuvieron conversando mucho tiempo agradablemente el general se informaba con el mayor interés de la manera en que había vivido mientras él estuvo prisionero; la joven le interrogaba acerca del peligro que había corrido y de los malos tratamientos que había sufrido.

—Y ahora, tío, le preguntó al concluir, ¿cuál es la intención de V.?

—¡Ay Dios! hija mía, contestó el general con tristeza y ahogando un suspiro, vamos á abandonar sin tardanza estas comarcas aterradoras y regresar á Méjico.

El corazón de la joven se oprimió, aunque conoció interiormente la necesidad de un pronto regreso. Marchar, era separarse del hombre á quien amaba, sin esperanza alguna de volver á reunirse con él; del hombre cuyo carácter admirable le había hecho apreciar mas y mas cada minuto pasado con él en dulce intimidad, y que á la sazón había llegado á ser indispensable á su vida y á su felicidad.

—¿Qué tienes, hija mía? Estás triste, tus ojos se llenan de lágrimas, le dijo su tío estrechándole la mano afectuosamente.

—¡Ay de mí! tío, contestó doña Luz con lastimero acento, ¿cómo no he de estar triste despues de lo que ha pasado de algunos días á esta parte? ¡Tengo el corazón destrozado!

—¡Es verdad! Los sucesos espantosos que hemos presenciado y las victimas que han sucumbido, son mas que suficientes para entristecerte; pero aun eres muy joven, hija mía; dentro de algun tiempo, esos acontecimientos solo quedarán en tu memoria como hechos que, gracias á Dios, no habrás de temer ya en lo sucesivo.

—Segun eso, ¿marcharemos muy pronto?

—Mañana mismo, si es posible: ¿qué he de hacer yo aquí en adelante? Hasta el cielo se pone en contra mía, puesto que me obliga á renunciar á esta expedición, cuyo buen éxito habria labrado la felicidad de mi vejez. Pero Dios no quiere que yo tenga consuelo, ¡hágase su voluntad! añadió con resignación.

—¿Qué quiere V. decir, tío? preguntó la joven con viveza.

—Nada que pueda interesarte en este momento, hija mía, y por lo tanto, vale mas que lo ignores y que sufra yo solo; soy viejo y ya estoy acostumbrado, dijo con melancolía.

—¡Pobre tío!....

—Gracias por el cariño que me manifiestas, hija mía.... Pero dejemos esta conversacion que te entristece; hablemos un poco, si quieres, de las buenas gentes á quienes tantos favores debemos.

—¡Corazon Leal! murmuró doña Luz ruborizándose.

—Si, contestó el general, Corazon Leal y su madre, mujer excelente á quien aun no he podido dar las gracias por razon de la herida de ese valiente Buenhumor, y á quien, segun me has dicho, debes el no haber sufrido privación alguna.

—Me ha prodigado todos los cuidados propios de una madre tierna.

—¿Cómo podré yo agradecerse, así como á su noble hijo? ¡Cuán feliz es con tener tal hijo! ¡Ay Dios! ¡Yo no puedo tener esa dulce alegría, estoy enteramente solo! dijo el general dejando caer su cabeza sobre el pecho con expresión de pesar profundo.

—¿Y yo? dijo la joven con voz zalamera.

—¡Oh! tú, contestó el anciano abrazándola con ternura, eres mi hija querida; ¡pero no tengo hijo!....

—¡Es verdad! murmuró Doña Luz pensativa.

—Corazon Leal, repuso el general, es un carácter harto escepcional para aceptar nada mio: ¿que he de hacer? cómo he de agradecerle en la manera debida los favores inmensos que nos ha dispensado?

Hubo un momento de silencio.

Doña Luz se inclinó hacia el general, y besándole en la frente, le dijo con voz tenue y temblorosa, ocultando el rostro en su hombro:

—Tío, me ocurre una idea.

—Habla, querida mía, habla sin temor, que sin duda Dios te inspira.

—No tiene V. ningún hijo á quien pueda dejar su nombre y su inmensa fortuna, ¿no es cierto, tío?

—¡Ay de mí! murmuró el general, hubo un momento en que creí poder encontrar uno; pero esa esperanza se ha desvanecido para siempre: ¡ya lo sabes, hija mía, estoy solo!

—Ni Corazon Leal ni su madre querrán aceptar nada de V.

—Es cierto.

—Sin embargo, creo que habria un medio de obligarles á ello.

—¿Cuál es ese medio? dijo el general con viveza.

—Tío, puesto que tanto siente V. no tener un hijo á quien poder dejar su nombre, ¿por qué no adopta V. á Corazon Leal?

El general la miró, la jóven estaba ruborizada y temblorosa.

—¡Oh, querida mía! dijo besándola con ternura, tu idea es deliciosa, pero irrealizable: me llenaria de placer y orgullo tener un hijo como Corazon Leal; pero tú misma me lo has dicho: su madre le adora, se mostrará celosa de su cariño, y nunca consentirá en compartirle con un extraño.

—¿Quizás sí! murmuró la jóven.

—Y luego, añadió el general, aun cuando su madre (lo cual es imposible), guiada por su cariño hacia él y con el fin de darle un rango en la sociedad, aceptase la oferta, porque las madres son capaces de hacer los sacrificios mas nobles para asegurar la felicidad de sus hijos, él lo rehusaría. ¿Crées, por ventura, querida mía, que ese hombre criado en el desierto, y cuya existencia entera ha transcurrido en medio de escenas imprevistas y conmovedoras, ante una naturaleza sublime, por un poco de oro que desprecia, y por un nombre que le es inútil, consentirá en renunciar á esa hermosa vida de aventuras tan llena de emociones dulces y terribles, que ha llegado á ser para él una necesidad? No, no; se ahogaría en nuestras ciudades: para una organización privilegiada como la suya, nuestra civilización seria mortal. Olvida esa idea, hija querida.... ¡Ay Dios! estoy convencido de que se negaría á aceptar.

—¿Quién sabe? dijo doña Luz moviendo la cabeza.

—Juro á Dios, repuso el general con vehemencia, que seria yo muy feliz alcanzando ese resultado; todos mis deseos se verian realizados; pero ¿á qué alimentarse con vanas quimeras? ¡Se negara, te digo! y me veo obligado á convenir en que tendrá razon!

—No importa, tío, inténtelo V., dijo la jóven insistiendo; si rechazas su proposición, al menos habrá probado á Corazon Leal que no es V. un ingrato y que ha sabido apreciarle en lo que vale.

—¿Lo quieres así? repuso el general, quien lo que mas deseaba era convencerse.

—Lo deseo, tío, contestó doña Luz abrazándole para ocultar su alegría y su rubor; no sé por qué; pero me parece que obtendrá V. buen resultado.

—¡Corriente! murmuró el general con una sonrisa melancólica, ruega á Corazon Leal y á su madre que vengan á verme.

—Dentro de cinco minutos estarán aquí, exclamó la jóven radiante de júbilo.

Y saltando como una gacela, desapareció corriendo por las revueltas de la gruta.

El general, cuando se hubo quedado solo, inclinó su frente pensativa y quedó sumido en sombra y profunda meditacion.

Algunos minutos despues, Corazon Leal y su madre, conducidos por doña Luz, estaban delante de él.

El general levantó la cabeza, les saludó con urbanidad, y con una seña, rogó á su sobrina que se retirase.

La jóven se alejó, palpitándole el corazon de emocion y ansiedad.

En aquella parte de la gruta solo reinaba una claridad débil, que no permitia distinguir con exactitud los objetos; por un capricho singular, la madre de Corazon Leal se habia colocado su *rebozo*, de manera que le cubria casi por completo el rostro.

Por eso, no obstante la atencion con que el general la miró, no le fué posible ver sus facciones.

—Nos ha llamado V., mi general, dijo Corazon Leal alegremente, y nos hemos apresurado á acceder á su deseo.

—Gracias por ese apresuramiento, amigo mio, contestó el general. En primer lugar, reciba V. aqui la expresion de mi gratitud por los favores importantes que nos ha hecho; lo que digo á V., amigo mio, y permítame que le dé este titulo, se dirige tambien á su buena y excelente madre, por los cuidados tan tiernos que ha prodigado á mi sobrina.

—General, contestó el cazador con emocion, doy á V. gracias por tan amables palabras, que pagan ampliamente lo que V. cree deberme. Al auxiliarme en sus peligros, he cumplido el voto que he hecho de nunca dejar sin socorro á mi prójimo; créalo V. firmemente, no deseo mas recompensa que su estimacion; me hallo bastante remunerado, respecto de lo poco que he hecho, por la satisfaccion que siento en este momento.

—Sin embargo, y permítame V. que insista, yo queria recompensarle de otro modo....

—¡Recompensarme! exclamó el fogoso jóven retrocediendo con el rostro cubierto de rubor.

—Déjeme V. concluir, repuso el general con viveza, si despues le desagrada la proposicion que deseo hacerle, entonces me contesta V. con la misma franqueza con que yo voy á explicarme.

—Hable V., general, ya le escucho.

—Amigo mio, el viaje que yo estaba verificando en las praderas, tenia un fin sagrado que no he podido conseguir. Ya sabe V. la razon que me ha impedido continuarle: los hombres que me acompañaban han muerto á mi lado. Habiéndome quedado casi solo, me veo precisado á renunciar á una investigacion que, si hubiese alcanzado buen éxito, hubiera labrado la felicidad de los pocos dias que aun me restan de vida. Dios me castiga cruelmente. He visto morir á todos mis hijos; acaso me quedaria uno solo; pero ese, en un momento de orgullo insensato, le arrojé fuera de mi presencia; hoy que he llegado á aproximarme al término de mi vida, mi casa está vacía, mi hogar está desierto. Me hallo solo, ¡ay de mí! Sin parientes, sin amigos, sin un heredero á quien poder legar, no mi fortuna, sino mi nombre, que una prolongada serie de antepasados me ha trasmitido puro y sin tacha. ¿Quiere V. sustituir para conmigo á esa familia que me falta? Responda V., Corazon Leal, ¿quiere V. ser mi hijo?

El general se habia levantado al pronunciar estas últimas palabras, y cogiendo la mano del jóven, la estrechaba con fuerza, y tenia los ojos preñados de lágrimas.

Al oír el cazador aquel ofrecimiento inesperado, se habia quedado sorprendido, palpitante, sin saber qué contestar.

Su madre se echó atrás el *rebozo* con viveza, y mostrando su rostro resplandeciente y trasfigurado, por decirlo así, por una alegría inmensa, se colocó entre los dos hombres, apoyó su mano en el hombro del general, le miró con fiereza, y exclamó con una voz que la emocion tornaba temblorosa:

—¡Por fin, don Ramon Garillas, pides ya ese hijo que hace veinte años abandonaste tan cruelmente!

—¡Señora! qué quiere V. decir! exclamó el general con voz anhelosa.

—Quiero decir, don Ramon, repuso ella con acento de suprema majestad, que soy Jesusa, tu mujer, y que Corazon Leal, es tu hijo Rafael, á quien maldeciste.

—¡Oh! exclamó el general cayendo de rodillas, con el rostro cubierto de lágrimas, ¡perdon! perdon! hijo mio!

—¡Padre mio! exclamó Corazon Leal precipitándose hacia él y procurando levantarle, ¿qué hace V.?

—Hijo mio, dijo el anciano, casi loco de dolor y de alegría, no abandonaré esta postura hasta tanto que haya obtenido tu perdon.

—Levántate, don Ramon, dijo doña Jesusita con voz dulce; hace ya mucho tiempo que en el corazon de la madre y en el del hijo no queda ya para tí mas que amor y respeto.

—¡Oh! exclamó el anciano abrazando á ambos con embriaguez, es sobrada felicidad, no merezco ser tan venturoso despues de mi conducta cruel.

—Padre mio, contestó el cazador con nobleza, al merecido castigo que V. me impuso, es á lo que debo el haberme vuelto hombre de bien. Así, pues, olvide V. el pasado, como si solo fuese un sueño, para pensar únicamente en el porvenir que nos sonríe.

En aquel momento apareció doña Luz, tímida y vacilante.

El general, en cuanto la vió, se precipitó hacia ella, la tomó de la mano, y llevandola junto á doña Jesusita, que le tendia los brazos, le dijo con el rostro radiante:

—Sobrina mia, puedes amar sin temor á Corazon Leal, que es realmente mi hijo. ¡Dios, en su infinita bondad, ha permitido que yo le encuentre en el momento en que perdía la esperanza de alcanzar tal felicidad!

La jóven lanzó un grito de júbilo, y ocultó confusa su semblante en el pecho de doña Jesusita, abandonando su mano á Rafael, quien la cubrió de besos, cayendo á sus piés.

EPÍLOGO.

Era muy pocos meses despues de la expedicion del conde de Raousset Boulbon.

En aquella época el nombre francés estaba muy considerado en la Sonora.

Todos los viajeros de nuestra nacion, á quienes la casualidad conducía á aquella parte de América, donde quiera que se detuviesen, estaban seguros de hallar la acogida mas simpática y afectuosa.

Impulsado por mi carácter vagabundo, y sin mas objeto que el de ver tierras, habia yo salido de Méjico.

Montado en un excelente *mustang*, que cazó con lazo y me regaló un habitante de los bosques, amigo mio, habia yo atravesado todo el continente americano, es decir, habia recorrido á pequeñas jornadas, y siempre solo, segun mi costumbre, una distancia de algunos centenares de leguas, atravesando montañas cubiertas de nieve, desiertos inmensos, rios de rápida corriente y torrentes fogosos, unicamente para ir como simple *aficionado* á visitar las ciudades hispano-americanas que hay en el litoral del Océano Pacífico.

Hacia ya cincuenta y siete dias que me habia puesto en marcha, viajando como un verdadero ocioso, deteniéndome donde mi capricho me impulsaba á fijar mi tienda.

Sin embargo, me acercaba al término que me habia propuesto, me encontraba á pocas leguas de Hermosilla, aquella ciudad que, ceñida por murallas, encerrando en su seno una poblacion de quince mil almas, y hallándose defendida por mil cien hombres de tropas regulares, mandadas por el general Bravo, que era uno de los oficiales mejores y mas valientes de Méjico, fué atacada audazmente por el conde de Raousset al frente de menos de doscientos cincuenta franceses, y arrebatada á la bayoneta en el espacio de dos horas.

Habiase puesto el sol, y la oscuridad iba siendo mas profunda por momentos. Mi pobre caballo, cansado por una tirada de mas de quince leguas, y hostigado por mi hacia algunos dias con la intencion de llegar mas pronto á Guaymas, avanzaba trabajosamente, tropezando á cada paso en los puntiagudos guijarros del camino.

Yo tambien me hallaba excesivamente cansado, estaba casi muriéndome de hambre, de modo que consideraba con una cara muy lastimosa la per-

pectiva de pasar una noche más a la intemperie.

Temía estraviarme en medio de las tinieblas; en vano buscaba en el horizonte una luz que pudiese guiarme hacia una habitación. Sabía que había de encontrar varias haciendas en las inmediaciones de la ciudad de Hermosilla.

Así como todos los hombres que han llevado durante mucho tiempo una vida errante, durante la cual han sido juguete continuamente de sucesos más o menos desagradables, me hallé dotado de una buena dosis de filosofía, cosa indispensable cuando se viaja, y sobre todo en América, en donde la mayor parte del tiempo se encuentra uno abandonado a su propia industria, sin tener el recurso de poder contar con ageno auxilio.

Adopté valerosamente mi partido, renunciando con un suspiro de pesar a la esperanza de una cena y de un albergue; como la noche cerraba cada vez más, y era inútil seguir andando en medio de las tinieblas, quizás en una dirección diametralmente opuesta a la que debiera seguir, busqué con la vista en torno mío un sitio conveniente para establecer mi vicar, encender fuego y encontrar un poco de yerba para mi caballo, que estaba muerto de hambre lo mismo que yo.

No era cosa fácil en aquellos campos calcinados por un sol abrasador y cubiertos de una arena fina como polvo. Sin embargo, después de muchas pesquisas, descubrí un árbol poco frondoso a cuya sombra había crecido una vegetación escasa.

Iba ya a echar pie a tierra cuando llegó a mi oído el lejano ruido del paso de un caballo que parecía seguir el mismo camino que yo y adelantaba con rapidez.

Permaneci inmóvil.

El encuentro de un jinete, de noche, en los campos mejicanos, da siempre amplio motivo de reflexión.

El extraño a quien se encuentra de ese modo puede ser un hombre honrado; pero siempre hay fundado motivo para creer que sea un tuno.

En la duda, monté mis *revolvers* y aguardé.

No tuve que esperar mucho tiempo.

Al cabo de cinco minutos me había alcanzado el jinete.

Buenas noches, caballero, me dijo al pasar. En la manera en que se me había dirigido aquel saludo, se observaba tal expresión de franqueza, que mis sospechas se desvanecieron súbitamente.

Contesté del mismo modo.

¿A dónde va V. tan tarde? repuso.

A la verdad, contesté candidamente, no me disgustaría saberlo: creo que me he extraviado; en la duda, me dispongo a pasar la noche al pie de este árbol.

Triste albergue, dijo el jinete moviendo la cabeza.

Sí, contesté filosóficamente; pero a falta de otro mejor, me contentaré con este; me estoy muriendo de hambre; mi caballo está rendido de cansancio, y ninguno de los dos deseamos andar vagando más tiempo en busca de una hospitalidad problemática, sobre todo a esta hora de la noche.

Su caballo me parece que es de buena raza, dijo el desconocido dirigiendo una mirada a mi *mustang* que, con la cabeza baja, procuraba ver alguna yerba; ¿está tan cansado que no pueda recorrer todavía una distancia de un par de millas, cuando más?

Caminará un par de horas aun, si es necesario, dije sonriendo.

Pues entonces sigame V., repuso el desconocido con tono jovial, que a ambos les prometo buen albergue y buena cena.

Acepto y doy a V. gracias, dije espoleando a mi cabalgadura.

El noble animal, que parecía comprender lo que se había dicho, arrancó a un trote bastante largo.

El desconocido, según lo que yo podía juzgar en aquel momento, era un hombre de unos cuarenta años, de fisonomía franca e inteligente; llevaba el traje de los habitantes de la campiña: sombrero de fieltro, de alas anchas, cuya copa

estaba rodeada por un galón de oro de tres dedos de ancho; un *zarape* de colores brillantes que le caía desde los hombros hasta los muslos y cubría la grupa de su caballo; por último, unas espuelas grandes de plata, atadas con correas a sus botas *vaqueras*.

Como todos los mejicanos, llevaba colgado del costado izquierdo un machete, especie de sable corto y recto.

Animóse entre nosotros la conversación, y tardó muy poco en hacerse expansiva.

Al cabo de media hora escasa vi delante de mí, a corta distancia, que de entre las tinieblas surgía la masa imponente de un edificio bastante estenso; era la hacienda en que mi guía desconocido me había prometido buena acogida, buena cena y buen albergue.

Mi caballo relinchó diferentes veces, y por sí solo apresuró el paso.

Dirigí una mirada curiosa en torno mío, y entonces distinguí una huerta bien cuidada y todas las apariencias de la comodidad.

Di gracias mentalmente a mi buena estrella, que me había procurado tan buen encuentro.

Al acercarnos, un jinete, colocado sin duda de vigilante, lanzó un sonoro «¡quién vive!» mientras que siete u ocho rastreros de raza pura salían dando saltos y aullidos de alegría a recibir a mi guía y a olfatearme.

—Soy yo, contestó mi compañero.

—¡Ah! venga V. pronto, Buenhumor, repuso el vigilante, hace ya más de una hora que le está esperando.

—Vaya V. a avisar al amo que traigo conmigo un viajero, gritó mi guía, y sobre todo, Alce Negro, no olvide V. decir que es un francés.

—¿Cómo lo sabe V.? le pregunté algo picado: pues me preciaba de hablar con mucha pureza el español.

—¡Pardiez! dijo riendo, somos casi compatriotas.

—¿Cómo así?

—Soy oriundo del Canadá, y comprenderá V. que en seguida he conocido el acento.

Mientras hablamos estas pocas palabras, habíamos llegado a la puerta de la hacienda, en donde varias personas nos aguardaban para recibirnos.

Parecía que el anuncio de mi calidad de francés, hecho por mi compañero, había producido cierta sensación.

Diez ó doce criados tenían hachas encendidas a cuyo resplandor pude ver que seis u ocho personas, por lo menos, entre hombres y mujeres, salían presurosas a recibirnos.

El dueño de la hacienda, a quien en seguida distinguí, se adelantó hacia mí dando el brazo a una señora que debió ser muy hermosa, y que todavía conservaba bastante belleza, aunque ya tenía cerca de cuarenta años.

Su marido era un hombre de cincuenta años, de elevada estatura, y dotado de una fisonomía varonil y muy característica; en torno de ellos se agitaban cinco ó seis niños preciosos, que se les parecían demasiado para no ser hijos suyos.

Por último, un poco más atrás, y medio ocultos en la sombra, estaban un anciano casi centenario y una señora de unos setenta años.

Abarqué de una sola ojeada el conjunto de aquella familia, cuyo aspecto tenía algo de patriarcal que infundía respeto y excitaba simpatía.

—Caballero, me dijo bondadosamente el hacendado, cogiendo la brida de mi caballo para ayudarme a echar pie a tierra: esta casa es de V., y doy gracias a mi amigo Buenhumor por haber conseguido traerle aquí.

—Confieso a V., caballero, contesté sonriendo que no le ha costado mucho trabajo, y que he aceptado con gratitud la oferta que ha tenido la bondad de hacerme.

—Si lo permite V., caballero, repuso el hacendado, como se hace tarde y necesita V. descansar, pasarémos al comedor. Iremos a sentarnos a la mesa, cuando me anunciaran su llegada.

—Doy a V. mil gracias, caballero, contesté inclinándome; su amable acogida me ha hecho olvidar todo mi cansancio.

—En eso conocemos la urbanidad francesa, me dijo la señora con encantadora sonrisa.

—Ofrecí el brazo a la dueña de la casa, y pasamos al comedor, en donde, sobre una mesa inmensa, estaba dispuesta una cena homérica cuyo apetitoso aroma me recordó que hacía doce horas que ayunaba.

Nos sentamos.

Cuarenta personas, por lo menos, se hallaban reunidas alrededor de la mesa.

En aquella hacienda se conservaba todavía la patriarcal costumbre, que ya comienza a perderse, de hacer comer a los criados con los dueños de la casa.

Todo cuanto veía, todo cuanto oía, me cautivaba en aquella morada; se percibía allí como un perfume de honradez que hacía palpar dulcemente el corazón.

Cuando se calmó el primer ardor del apetito, la conversación, que al pronto era algo lánguida, se hizo general.

—¿Qué tal, Buenhumor, preguntó el abuelo a mi guía que, sentado junto a mí, hacía funcionar rigurosamente a su tenedor; ha encontrado V. la pista del jaguar?

—No solo he encontrado un rastro, mi general, sino que mucho temo que el jaguar ande acompañado.

—¡Oh! oh! dijo el anciano, ¿está V. seguro?

—Puedo equivocarme, mi general; pero creo que no. Pregunte V. a Corazon Leal si no tenía yo cierta nombradía allá abajo, en las praderas del Oeste.

—Padre mío, dijo el hacendado haciendo un ademán afirmativo, Buenhumor debe tener razón; es cazador harto experimentado para cometer un error.

—Entonces será preciso hacer una batida general para librarnos de tan peligrosos vecinos. ¿No opinas del mismo modo, Rafael?

—Esa era mi intención, padre mío, repuso el hacendado, y me alegro de que sea también la de V. El Alce Negro está avisado, y todo debe hallarse ya dispuesto.

—Se puede comenzar la cacería cuando VV. quieran, que todo está ya en orden, dijo un individuo de cierta edad sentado no muy lejos del sitio en que yo me hallaba.

Se abrió la puerta y entró un hombre.

Su llegada fue saludada con gritos de alegría; D. Ramon se levantó con viveza y le salió al encuentro, seguido de su mujer.

Me sorprendió tanto más aquel apresuramiento solícito, cuanto que el hombre que acababa de entrar no era sino un indio bravo e independiente, que vestía el traje completo de los guerreros de su nación. Merced a lo mucho que yo había permanecido entre los Pielés Rojas, creí conocer que aquel individuo pertenecía a una de las numerosas tribus Comanchas.

—¡Oh! Cabeza de Aguila! Cabeza de Aguila! exclamaron los niños rodeándole gozosos.

El indio los tomó en brazos uno después de otro, los besó y se desembarazó de ellos dándoles algunas de esas chucherías que los aborígenes de América trabajan con tan exquisito gusto.

Luego se adelantó sonriendo, saludó con gracioso desembarazo a la numerosa concurrencia que había en la habitación, y se colocó entre el hacendado y su mujer.

—Aguardábamos a V. antes de la puesta del sol, jefe, le dijo la señora amistosamente; no está bien que se haya V. hecho esperar.

—Cabeza de Aguila estaba siguiendo la pista de los jaguares, dijo el jefe sentenciosamente; es preciso que mi hijo no tenga miedo, los jaguares han muerto.

—¿Cómo! ¿Ha matado V. ya a los jaguares, jefe? dijo con viveza D. Ramon.

—Mi hermano lo verá; las pieles son muy hermosas, están en el patio.

—¡Vamos! vamos, jefe! dijo el abuelo tendiéndole la mano, veo que siempre quiere V. ser nuestra Providencia.

—Mi padre habla bien, dijo el jefe inclinándose, el dueño de la vida le aconseja. La familia de mi padre es mi familia.

Después de cenar D. Rafael me condujo a una

habitación cómoda, en donde tardé muy poco en dormirme, aun cuando mi curiosidad se hallaba vivamente escitada por cuanto había visto y oído durante aquella noche.

Al día siguiente mis huéspedes no consintieron en dejarme marchar; debo confesar que no insistí mucho para continuar mi viaje. No solo me encantaba la bondadosa acogida que había recibido, sino que también una curiosidad secreta me impulsaba á permanecer allí algunos días.

Trascurrió una semana.

D. Rafael y su familia me abrumaban á atenciones afectuosas, y pasaba mi vida en un continuo y placentero goce.

No sé por qué, pero desde mi llegada á la hacienda todo cuanto había visto aumentaba mas aun aquella curiosidad que se apoderó de mí desde el primer momento.

Parecíame que en el fondo de la felicidad que veía reflejarse en los semblantes de aquella familia venturosa, había una prolongada serie de infortunios.

En concepto mio, no eran gentes cuya existencia hubiese trascurrido siempre serena y tranquila; me figuraba, no sé por qué razon, que despues de haber sufrido dolorosas pruebas, habían hallado por fin el puerto del refugio.

En sus semblantes se veía impresa esa majestad que solo dan los grandes dolores, y las arrugas que surcaban sus frentes, me parecían sobrado profundas para no haber sido producidas por las pesadumbres.

Esta idea se había aferrado en tal manera á mi mente, que no obstante todos mis esfuerzos para desterrarla, volvía de continuo mas tenáz y perseverante.

En pocos dias había llegado á ser amigo de la familia, y nada de lo que me concernía les era ya desconocido; me habían admitido completamente en su intimidad, y yo tenía á cada instante una pregunta asomando á los labios; pero nunca me atrevía á formularla: tanto era lo que temía cometer una indiscrecion grave, ó reproducir antiguos dolores.

Una tarde en que D. Rafael y yo volvíamos de caza, á pocos pasos de la casa apoyó su brazo en el mio, y me dijo:

—¿Qué tiene V. D. Gustavo? Está V. pensativo, preocupado.... ¿se fastidia al lado nuestro?

—No lo crea V., contesté con viveza; por el contrario, no se cómo asegurarle que nunca he sido tan feliz como al lado de VV.

—Entonces, quédese aqui, exclamó con franqueza; aun hay sitio para un amigo en nuestro hogar.

—¡Gracias! le dije estrechándole la mano, mucho lo desearia, pero por desgracia es imposible. Como el judío de la leyenda, tengo dentro de mí un demonio que me grita incesantemente: ¡Anda! Tengo que cumplir mi destino.

Y suspiré.

Escuche V., repuso, sea V. franco y dígame lo que le preocupa; de pocos dias á esta parte á todos nos causa V. inquietud, y nadie se atrevía á hablarle de ello, añadió sonriendo; á la verdad, he echado mano de todo mi ánimo, y me he decidido á interrogar á V.

—Pues bien, contesté, puesto que V. lo exige, se lo diré; solo que le ruego no tome de mala manera mi franqueza, y que esté persuadido de que en mí hay, por lo menos, tanto interés como curiosidad.

—Veamos, dijo, con una sonrisa indulgente, confíeseme V. conmigo y nada temo, que yo le daré la absolucion, no tenga cuidado.

—Prefiero hablar claro y decirle á V. todo.

—Eso es, hable V.

—Me figuro, sin saber el motivo, que no siempre han sido VV. tan felices como lo son hoy, y que solo á costa de prolongadas desgracias es como han comprado la ventura que hoy disfrutan.

Una sonrisa triste arqueó sus labios.

—Perdóneme V., exclamé con viveza, la indiscrecion que acabo de cometer; ¡ha sucedido lo que yo me temía! ¡Ruego á V. que no se hable mas entre nosotros de tan necio asunto!

Me hallaba verdaderamente aflijido.

D. Rafael me contestó bondadosamente.

—¿Por qué? No encuentro indiscrecion alguna en la pregunta de V. El interés que hacia nosotros siente, le ha inducido á hacernosla, y solo cuando se quiere á las personas, es cuando se tiene tanta perspicacia. No, amigo mio, no se ha equivocado V.; todos hemos sufrido rudas y dolorosas pruebas. Puesto que V. lo desea, todo lo sabrá, y acaso despues de haber oido la narracion de todo lo que hemos padecido, convendrá V. en

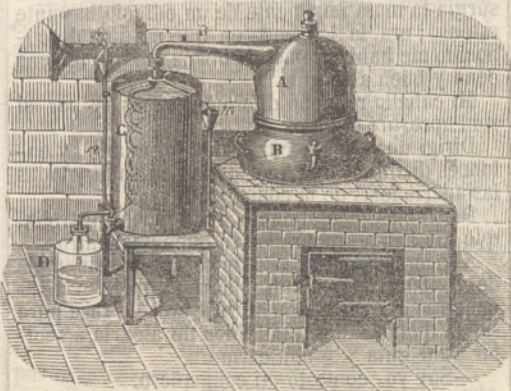


Fig. 3.ª

que efectivamente hemos comprado muy cara la felicidad que hoy disfrutamos. Pero entremos en casa, que, segun creo, nos están aguardando para sentarse á la mesa.

Por la noche D. Rafael hizo que se quedasen junto á él varias personas, y despues de haber mandado poner sobre una mesa cigarros y botellas de mezcál, me dijo:

—Amigo mio, voy á satisfacer su curiosidad. Buen humor, el Alce Negro, Cabeza de Aguila, mis padres y mi querida esposa, que todos han sido actores en el drama cuya narracion singular va V. á oír, me ayudarán si llega á faltarme la memoria.

Entonces, lectores, D. Rafael me contó lo que acabais de ver.

Confieso que estas aventuras referidas por el mismo personaje que había representado el papel principal, y delante de los que tanta parte habían tomado en ella, confieso, repito, que aquellas aventuras me interesaron en el mas alto grado, lo cual, sin duda alguna, no os sucederá á vosotros.

Necesariamente han de perder mucho referidas por mí, porque no puedo darles la animacion que constituia su principal encanto.

Ocho dias despues me separé de mis amables huéspedes; pero en vez de embarcarme en Guaymas, como al pronto era mi intencion, me marché en compañía de Cabeza de Aguila á hacer una escursión á la *Apacheria*, escursión durante la cual la casualidad me hizo presenciar escenas extraordinarias que acaso os referiré algun día, si las que hoy habeis leído no os han fastidiado en demasia.

FIN DE LOS TRAMPEROS AMERICANOS.

VIAJE Á ALEMANIA

Y Á LAS EMBOCADURAS DEL DANUBIO
POR MUNICH, EL PAIS DE SALTZBOURG, VIENA Y
LOS PRINCIPADOS.

—Vuelta por Constantinopla, Atenas y Trieste.—

(Continuacion.—V. el núm. 14.)

—Me acordaba de las chinchorrerías que debí sufrir en Cracovia, tres años antes, y aun me parecia ver delante de mí al oficial de policia, alto, flaco y seco como un *cartel*, incrustado en su uniforme como un caracol en su concha, haciéndome todas las preguntas de su formulario, y exclamando de cuando en cuando con aire

magistral: «¡No comprendo que se viaje para pasearse! ¡Ir por gusto á Lemberg! Pero, caballero, allí nada hay que ver de bello ni curioso....» La escena, á fuerza de ser burlesca, hubiera concluido por divertirme, si no hubiera debido renunciar al fin y al cabo á mi viaje de Lemberg.—Hé aqui cómo se acogía al viajero en Austria hace tres años.

Felizmente todo esto ha cambiado, y en el momento de entrar en el territorio del imperio, un decreto de fecha reciente había hecho caer aquellas formalidades inquisitoriales.—Despues de haber mostrado el viajero su pasaporte en la frontera, está libre para ir por todas partes donde se le antoje, y no tiene mas sino llenar la hoja oficial que se le presenta en el hotel donde pare; esto no es un resto de la antigua costumbre, sino una exigencia formal. Lo digo con gusto y para gobierno de cada uno; la mayor libertad ha sustituido á aquellas fórmulas anticuadas de inquisicion, y he podido atravesar todos los estados del imperio de Viena á Praga, de Praga á Orsova; he podido volver por Venecia y Milan, sin tener que cumplir con mas formalidades que la de visar mi pasaporte.—El gobierno mismo ha debido encontrarse ciertamente muy satisfecho de esta mejora: la confianza atrae y agrada á todo el mundo.

Nuestro alto en la aduana austriaca fué de corta duracion, y en cinco horas nos encontramos en Saltzburgo, muy cómodamente instalados en el hotel de los *Tres aliados*. He dicho ya varias veces la importancia de que gozan en Alemania los dueños de los hoteles: tienen un rango, y honroso al mismo tiempo, del que no se duda en Francia; y apenas se empieza en París á salir de las costumbres vulgares y repugnantes de hotel secreto. Aquí, como en todos los parajes del otro lado del Rhin, el dueño de la casa, siempre de buena educacion, habla varios idiomas, viste con elegancia y distincion, no se aleja de sus huéspedes sino para los cuidados generales del servicio, del que deja el detalle á sus numerosos empleados.

Yo fui dirigido á M..... por uno de sus corresponsales: esta es una costumbre bastante frecuente de la que mas de una vez he reconocido sus buenos efectos, y que me permitió, á pesar de la hora avanzada, el ver casi todo lo que la ciudad podía ofrecer de interesante para el viajero. La fisonomia de Saltzburgo es á la vez antigua y moderna; su posicion á orillas de la Salza y al pié de los Alpes de Corintia, le da una gran importancia comercial. En su porvenir próximo llegará á ser el centro de las vias férreas, que el gobierno austriaco prepara á aquella parte del imperio. A su alrededor se estiende como en un vasto círculo, montañas donde abundan las minas de sal y hierro, que le han valido su riqueza. Las rápidas aguas de la *Salza* arrastran aqui y allá lentejuelas de oro escapadas, dice la leyenda, del pillaje de los compañeros de Attila, y que mas tarde los adeptos á la gran obra consideran como el tesoro oculto del monje Theofrasto. Despues el *Menchberg* estiende sobre la antigua ciudad episcopal la sombra de sus antiguas torres, recuerdo espléndido de los tiempos feudales: á la derecha un largo túnel atraviesa la montaña y abre una puerta monumental y grandiosa, digna aun de contarse entre las maravillas de nuestra época. Las plazas son anchas y espaciosas; la mayor parte de ellas se encuentran adornadas de bellas esculturas y caballos marinos; armas parlantes de los antiguos príncipes y obispos de *Saltzburgo*, se presentan con arrogancia en el frente de los palacios y adornan las numerosas fuentes de la ciudad.

Algunos edificios modernos, como el *Neubau*, las *casernas*, el picadero, la Academia, donde se hallan reunidas las escuelas de teologia y de medicina, todo contribuye á hacer de Saltzburgo una de las ciudades mas interesantes del Austria; y por lo tanto, lo que allí se busca, lo que allí se ve con gusto, es aquella fisonomia tranquila y severa sin ser triste, tiene una actitud un poco seria, que sienta bien en una ciudad de curar

soberanos y coronados, como era en otro tiempo Saltzburgo.

Quitémosle por un momento el traje moderno de que el gobierno imperial le ha revestido; abramos ambas hojas de las puertas de su antiguo palacio y el pórtico sagrado de su catedral; hagamos vibrar en los aires las 77 campanas de sus iglesias, y entonces volveremos a ver á Saltzburgo en su gloria, como se presentaba con aspecto deslumbrador, cuando sus arzobispos, primados de la iglesia alemana y ligados de los papas, estendian su jurisdiccion por la Baviera, la Bohemia, el Austria y la Moravia. Pero todos estos esplendores han desaparecido para no volver, y ya no queda de ello sino recuerdos. El *Juvavum* de los romanos y la ciudad cristiana de San Ruperto no están mas lejos de nosotros que el esplendor efímero del electorado de 1802. Saltzburgo no es hoy día mas que una buena ciudadela y una ciudad de comercio. La gloria ha cedido su puesto á lo útil, y por lo tanto, hoy se presenta á mi vista en aquel pequeño rincon, bien modesto por cierto, una casa de apariencia, por cierto muy vulgar, y que dice con esto solo, mas que todos los palacios de la ciudad. Ved aquí la casa donde nació Mozart, el humilde local donde el pequeño Wolfgang hizo oír sus primeros ensayos, y debió en aquella carrera que debía ser tan corta y tan llena de trabajos y de gloria. De ella salió para ir á la corte de Versalles, donde tocaba el órgano de la capilla real á los ocho años: esta era la casa que amaba volver de largas peregrinaciones, que bien pronto acababan de agotar su complexion delicada. ¡Con qué dicha, con qué dulce reminiscencia habla de su querida ciudad, de sus hermosos álamos, de sus preciosos sueños de amor bajo los grandes árboles de Menchberg, y en la isla de Saules; con qué encantadora naturalidad refiere sus confianzas con dos hermanas á la puerta de Corintia, y en la pequeña isla, bien tranquila, bien silenciosa aun hoy día, donde se halla elevada su estatua; porque este gran hombre de alma generosa y sencilla, llena de fé y de entusiasmo, era escritor y artista! Como todos aquellos á quienes elige la gloria, debía morir joven; el lo sentía y experimentaba algunas veces invencibles tristezas cuyo lamento melodioso ha pasado á sus obras.

También algunas veces se reanimaba con la esperanza de largos días; encontraba noticias alegres de los que tienen la vida llena de vigor y exuberancia, y derramaba todas estas ideas en sus cartas, donde la sencillez mas encantadora unía á su vez un carácter, un poco burlesco, al sentimiento mas tierno.... Mozart estaba lejos de ser rico, y la corte de José II se creía pródiga con las artes, cuando daba mil ó mil doscientos florines por año á este gran maestro que tantas obras maestras habia creado. Obligado para vivir con las apariencias de su posicion, á pedir al trabajo suplementario los recursos que le faltaban, componia á la vez misas, oratorios, motetes; daba lecciones, copiaba él mismo sus partituras, dirigia las repeticiones y muchas veces la orquesta, y aun le quedaban dos horas cada noche para los conciertos de la corte. Así, cuando regresaba cansado, libre de cuidados y trabajos, con qué gozo se sentaba á la mesa con la familia y disfrutaba por algunas horas del descanso doméstico! La vista y el pensamiento le conducian hácia su querida Saltzburgo, y los aires favoritos que habia oido en su infancia, los cantares melodiosos de los del país, las alegres canciones de los estudiantes, todo esto se agolpaba á su mente, así como los templados calores del cielo de la patria. Si un día se sentia mas feliz y fuerte, las opresiones que le fatigaban habian desaparecido. Entonces era casi rico: tenia economías, y su pension de 800 florines estaba asegurada. También hacia sus castillos en Saltzburgo; poblaba su pequeña casa de huéspedes muy apreciables, el ama, los niños, los amigos que venian el domingo á alegrar la conversacion, los discípulos y maestros que hablaban del arte... Pues aquella noche llegó un extranjero con aire grave y digno, con vestido de luto; pedia un canto fúnebre, un *Requiem* para un aniversario

que estaba próximo; tanto apuró á Mozart, que este prometió terminar la obra en tres semanas, y se marchó dejando sobre la mesa dos mil florines.... Mozart quedó turbado, a pesar suyo, por tan estraña visita; despues los días siguientes llegó á estar pensativo y taciturno, y la obra no adelantaba, y el maestro tan trabajador, tan puntual, vió volver al extranjero sin que pudiera decirle: « ¡Está hecho! » Se acordó un nuevo plazo, se depositó otra suma sobre la mesa por el misterioso personaje.... Entonces el artista



Fig. 4.ª

se sintió atacado de fiebre inspiratriz; trabajo de día y noche, á toda hora y sin descanso; su pecho llegó á estar anheloso; su frente constantemente bañada en sudor; su voz al referir las notas de la composicion vibraba como las cuerdas de un arpa, y cuando sus dos manos, pálidas y enflaquecidas, se detenian en las teclas; cuando su vista cubierta de fatiga y de lágrimas se elevaba al cielo con la pensativa melodia, parecia escuchar en el mundo de los sueños el no lejano de sus acuerdos, canto del cisne que señaló su última hora.... El extranjero no vino á buscar el *Requiem*; se cantó sobre la tumba de Mozart; habia dejado de existir á los treinta y ocho años.— Medio siglo despues, Saltzburgo le levantaba una estatua.— Y al escribir estas lineas, recordaba con placer aquella noche que pasé en compania de mi huésped, gran admirador de Mozart; su hija habia querido ceder á mis suplicas, tocando con una gracia infantil y un verdadero talento de artista, los mas bellos trozos de la *Flute enchanté*, y recitando ella misma el aire tan espresivo y meditabundo de la *Nozze di Figaro*.

Voi che sapete che cosa é amor....

Dulces palabras, voz encantadora que aun resuenan en mis oidos, sois un homenaje digno del genio que os habia inspirado, y yo os doy gracias aun por las horas demasiado rápidas que he pasado escuchándoos.

CAPITULO IV.

Tercera y cuarta jornada de Saltzburgo á Gmünd y á Lintz.

Al dejar á Saltzburgo, despues de haber atravesado el antiguo puente de Salza, se deja á la izquierda las viejas fortificaciones de los barrios, y hay que subir desde luego una pendiente muy escarpada. La montaña se halla rodeada de bosque y viñedos; los pueblecillos y aldeas se tocan unos á otros, y el camino apenas permite el paso de un carruaje, obligándonos con frecuencia á saltar en tierra, cuando pasa algun carro cargado de madera, un rebaño de carneros baja hácia la ciudad, ó algun grupo de muchachas que van al mercado. Apenas son las cinco. La lluvia que no ha cesado de caer durante la noche, ha anegado los carriles y formado aquí y allá verdaderos torrentes. Las aguas corren rápidas y espumosas por los dos lados del camino: unas veces se detienen en los largos conductos formados de planchas y que sirven para alimentar los molinos y serreas cuyo movimiento uniforme se oye; otras se

forman cascadas que cubren toda la calzada. Pero el terreno por todas partes es sólido y pedregoso, y bien pronto se quita cualquier obstáculo. El agua aun cae gota á gota sobre las hojas de las cañas y sobre las enredaderas ó moreras silvestres; el sol destruye lentamente los vapores de la mañana y aclara el antiguo castillo de los principes-obispos, cuya sombría y austera arquitectura contrasta con las blancas murallas de la linda ciudad. Siempre me ha gustado esta primera hora de camino á través del naciente día, y al siguiente de una lluvia de tempestad. Esta es el despertador de la naturaleza sin ficcion ni metáfora, sino en toda su verdad. Es raro entonces, que una clara de sol no venga á arrojar sobre el paisaje tintas improvisadas y de una admirable variedad. Pero para ver todo esto, y en general para viajar con interés, es necesario madrugar y saber, por necesidad, despreciar algunas horas de mal tiempo.

Nos volviamos entonces á los Alpes de Saltzburgo dejando á nuestra derecha los de Corintia, cada vez mas rústicos, y cuyas cúspides aun se encontraban cubiertas de nieve. El tiempo cambiaba poco á poco y el viento de sud-oeste no nos enviaba sino alguno que otro turbion, últimas señales de la tempestad que nos seguia desde Munich.

El país habia tomado de repente un carácter uniforme y severo. Por espacio de cerca de dos horas nos fué necesario atravesar una llanura mal poblada, mal cultivada, y que nos hacia á cada momento echar de menos los felices campos de la Baviera. Es verdad que el día antes habiamos visto todos los habitantes en día festivo. Hoy es como en todas partes, el triste día siguiente á un día de regocijo, que en cada rostro se advierte un poco de cansancio y soñolencia. Se ha velado, se ha cantado, se ha abusado, y es preciso volver á tomar el trabajo y la ruda vida de los campos. ¡Pero qué pobreza en estos flacos surcos! qué de miseria en la poblacion que domina la pequeña iglesia de Shverdhanser! ¡Ah! sin duda la religion tiene poderosos consuelos para los que sufren y que pasan todo lo largo del día el pesado fardo de la miseria! Pocas veces he visto una aldea mas desolada, ni iglesia mas pobre. Cuando entré en ella, se encontraba llena de mujeres y de viejos sobre todo; el cura iba á predicar y los retrasados se apresuraban, porque el bedel se disponia á cerrar las puertas, costumbre bastante frecuente en Alemania, y que al menos, garantiza un auditorio al orador. ¡Habia escogido el testo de su discurso, ó no era lo que hace las costumbres de la Iglesia, que deja regularmente tal sermón para tal día del año? Ahora iba á hablar á aquellos pobres viejos, á aquellos desheredados de los goces, de las alegrías del mundo, de las *virgenes locas* y de las *virgenes sábias*, y desarrollar á su manera la afectuosa parábola de la escritura. Pero ¿á quién, ¡buen Dios! podia dirigirse en aquel momento? ¡Aquellos muros húmedos y desnudos, aquellas gentes apenas vestidas, aquella tierra avara y rebelde al trabajo, de ninguna manera convidaba á la imaginacion á las brillantes antítesis de la vida mundana y de la abstinencia voluntaria! Ahora bien, se sentia profundamente conmovido á la vista de aquellas pobres gentes para quien la palabra divina era un consuelo, y que le escuchaban con un piadoso recogimiento. Salí de la iglesia, no sin ser señalado por todos, y deslicé en la mano del bedel, muy asustado, un puñado de aquella menuda moneda de toda forma y valor, que casi os podria hacerlos pasar por generoso, cuando á fuerza de *kreutzers* rojos y blancos, pequeños y grandes, habeis sido pródigo con algunos florines.

Bien pronto la penosa impresion que habia experimentado, desapareció ante los rayos del sol y la aproximacion de la pequeña aldea de *Gilgen*. Allí todo formaba contraste: el país, por su belleza y su cultura; los habitantes, por una apariencia de bienestar, y la posada del sitio, por los recursos de que se hallaba provista. De *Gilgen* á *Ischel*, nuestra última estacion, el camino se pasó al momento. Las truchas del lago y el vino clarete del país nos habian puesto de buen

humor; el mayoral preparaba los caballos con un ardor no acostumbrado, que parecía poco gustoso de su tiro, y aun le sucedió al hombre abrir la boca y hablar lo que no había hecho una sola vez desde San Cristóbal, contentándose, por respeto sin duda á nuestras angustias personas, con contestar á la mayor brevedad cuando le interrogáramos. Seguimos á mi costa los contornos del lago de *Gilgen*, vasta cascada sin carácter, pero poblada por sus orillas de casas de pescadores y pequeñas aldeas. A muy corta distancia está el límite de esta parte del Tyrol y del país de Salzburgo, conocido generalmente con el nombre del *Pais de los Lagos*. Un poco mas al Norte, se encuentra aun el lago *Atter*: sirve de principal vertiente á las aguas de la *Vochla*, río rápido que se reúne al Traun por bajo de *Lambak*. Esta comarca se halla surcada de bosques, montañas y lagos, y forma uno de los países mas accidentales de Alemania. Todos los valles paralelos entre sí, los del *Inn* y de la *Satza*, de la *Traun*, del *Ens* y de la *Trasen*, descienden al Danubio bajo un ángulo agudo, y precipitan sus tormentosas aguas que llegan á engrosar en el mes de mayo las fuentes de las nieves amontonadas sobre las cúspides del *Hausriech* y de *Tannen*, por la izquierda los *Alpes Styriennes*, de *Simmereppig*, y de *Vienerdwald* á la derecha. Entonces la madre del río grande presenta el aspecto mas imponente, y algunas veces el mas terrible: las aguas espumosas corren arrastrando cuanto se le pone por obstáculo y ponen impracticables los caminos laterales. Este carácter es particular en el valle del Danubio y el Austria; le ha debido tres veces su salud, en tiempo de *Gustavo Adolfo*, de *Turena*, y de *Napoleon* en 1809. En los momentos en que atravesábamos estos valles, estaba asolada la fuente de las nieves, y á pesar de la estremada sequía que se debia sentir de un estremo á otro de Europa, habia bastado dos ó tres dias de tempestad para hinchar los torrentes y los rios, é interrumpir en muchos sitios el paso de los barcos. Aun muchas veces estas crecientes no son sino locales, y no duran sino pocos dias: esta es una de las dificultades mas positivas de la navegacion del Danubio. Hoy día, gracias á los barcos de vapor y á su endeble calado de agua, raras veces es interrumpido, pero no está libre siempre de peligros.

Llegamos á *Ischel* á las cuatro de la tarde, y habiendo sabido que aquella misma tarde partia un barco para *Guicind*, no me detuve sino el tiempo preciso para arreglar con el mayoral, tomar una silla de posta y correr al galope las tres leguas y media que nos separaban de *Amsce*. Diré por lo tanto muy poco de *Ischel*, que no vi sino al pasar. Es una bonita ciudad, toda nueva, ó por lo menos renovada y compuesta, de alegres casas y establecimientos termales. La moda ha tomado bajo su proteccion, hace algunos años, estas aguas, que se parecen á casi todas las demas, y que ofrecen su maravillosa eficacia en todas las enfermedades, y sobre todo cuando se necesita la distraccion: los paseos son encantadores; los hoteles y habitaciones particulares anuncian el gusto y la elegancia, y los numerosos grupos que encontramos parecian pertenecer á lo que se ha convenido en llamar el gran mundo. Dejamos, pues, la ciudad con sus interesadas preocupaciones y con sus placeres, y aprovechamos las últimas horas del dia para contemplar el espectáculo maravilloso que nos ofrecen las orillas del *Traun*. El nuevo camino aun no está concluido, y para seguirle es necesario pasar por medio de ruinas y trozos de rocas que la mina hace saltar: costea la orilla izquierda del río, y parece adelantar á cada instante hacia el abismo, donde ruedan las aguas tumultuosas del *Traun*. Este es un paisaje de la Suiza ó de los Pirineos con mas animacion y movimiento: los frecuentes portazgos interrumpen la navegacion; pero sirven para detener los trenes de maderas que las grandes avenidas reúnen en seguida, y comprimen la confluencia del Danubio.

Hermosos rebaños pastaban en las praderas, y recordaban aquellos grandes bueyes de la *Betia*, de los que los Romanos habian hecho el principal

trofeo de sus victorias con los Germanos. En el camino se encontraron carros cargados de sal que iban al lago de *Guicind*, donde la aduana de las salinas imperiales las almacenaban para expedirlas á Viena. Esta era una de las industrias mas activas, y uno de los mas ricos productos del imperio. Menos vastas, menos grandiosas que las salinas de *Wihéscha* las del país de Salzburgo están tambien por visitar: su explotacion remonta á una época casi inmemorial; pero entonces se estaba lejos de sospechar todo el valor. Relativamente daban poco, y los primeros obispos en las costestaciones que sostuvieron las mas veces con las armas en la mano contra los emperadores, estaban mas celosos de defender un derecho de propiedad que los beneficios que les reportaban. Una carta del obispo *Arnold de Hotlein* concluida con el emperador *Federico III*, dice que el obispo debe al César, cuando pasó por Salzburgo, el dormir y doce camas preparadas para su comitiva; además el censo anual de un quintal de cobre fino y dos quintales de la sal mas pura. Hoy día el país, perteneciendo todo entero al Austria, quien saca anualmente noventa y cuatro quintales de cobre, 1,400 marcos de plata y 400,000 quintales de sal; claramente, los primeros principes de Hapsburgo no entendian nada ó poco en materia de impuestos, y sus descendientes han reparado largamente desde esta época la ignorancia y la benignidad de sus antepasados.

Llegamos á *Amsce* mucho antes de anochecer, y nos fué preciso esperar cerca de dos horas el momento de embarcar. Esta pequeña ciudad no existia ya hacia tres años y no es hoy día mas que un sitio de depósito de aduanas; pero ella se liga facilmente á las salinas con *Guicind* y *Lintz*, y aumenta su importancia todos los dias, gracias al servicio de los vapores que conducen viajeros á las aguas de *Ischel*, y trasportan á su vuelta los productos de las salinas. A las siete y media de la noche estábamos en el lago; el bote, especie de miniatura rápida y bien maniobrada, filaba al declinar el sol á través de las azuladas aguas, donde se reflejaban las nubes aun cargadas de lluvia, y los inciertos rayos del sol y los graciosos contornos del lago. Esta no era una navegacion, sino un verdadero paseo, al cual se asociaban casi todos los músicos ambulantes que la compañía de trasportes paga para atraer al público, ó que viven de la retribucion voluntaria que cada uno les acuerda. Esta noche la recoleccion fué mala para ellos; éramos á lo mas una docena de pasajeros, un cuáker y su digna familia, extranjeros con toda melodia profana; dos ó tres fuertes comerciantes, ocupados en cálculos muy graves, para prestar á nuestros artistas una atencion benéfica; un antiguo baron de *Viena* ó de *Lintz* atacado de la gota, y conducido en su carruaje en brazos, liado en un paquete de cobertores. Pero de repente se mostraron á nuestro lado graciosas y rubias como su madre, buenas sobre todo como ellas, las dos hijas de *Lady Walsh*, que habiamos dejado en *Baden*, y que nuestra buena estrella nos hacia volver á encontrar en aquel punto perdido de nuestro horizonte. Ellas iban á Viena y de allí por el camino del *Simenring* hasta Italia. Bien pronto, autorizados con el derecho que nos daba una presentacion oficial y las relaciones amistosas, olvidamos en muy poco tiempo las dudosas sinfonias de nuestros *minesingers* modernos y de sus leyendas mas inciertas aun.

Lo confieso, para vergüenza de mi diario, apenas, por complacer al viejo cuáker, consentí en mirar con su antejo el monasterio de *Saint-Volfgang*, tan poéticamente colocado sobre un promontorio que bañaban las aguas del lago, y la roca cuya silueta proyectada por el sol próximo á ponerse, diseñaba al decir de cada uno el perfil de *Luis XVI*. Todo esto pudo ser interesante, y yo de buena gana lo hubiera mostrado á otros en una hora de ociosidad; pero ¿qué era el país de los sueños y de los recuerdos después de aquel encuentro tan inesperado y aquella conversacion que tanto tenia que decir, que volvia á tomar la frase interrumpida hacia diez dias, y la devolvía las sombras de *Baden* á las playas del *Amsce*? ¡Ay! estos inesperados enuen-

tros, estas sonrisas de una boca amada, el metal de voz que se ha conocido y que resuena en vuestro oido de repente, no hay un viajero que no haya experimentado este encanto y sentimiento: al encontrarse, cuando uno se creia olvidado por una y otra parte, ¡aquella segunda separacion es mil veces mas sensible que la primera! Una silla de posta esperaba á *Lady Walsh* en *Guicind*, y menos prevenidos que ella, nos debimos resignar á bajar del hotel cambiando votos para el viaje y la incierta esperanza de volvernos á encontrar aun.....

Al día siguiente por la mañana tomamos el camino de hierro que conduce á *Lintz*: se halla en estado rudimentario, servido por una sola via y largo tiempo tirado por caballos. Nos fueron precisas cuatro horas muy largas para hacer diez y ocho leguas francesas. Pero bien pronto olvidé estos disgustos, feliz de encontrarme en un país que ya conocia y saludar de nuevo el hermoso río que veia descender durante cuatrocientos leguas. *Lintz* es una ciudad importante, colocada casi en la confluencia del *Traun* y á la entrada de las llanuras de la alta Austria; es á la vez centinela vigilante del imperio, que protege como sitio fuerte, y el punto de convergencia del comercio de la Baviera, del Tyrol y de la Bohemia. Hay buenos hoteles, y sus arreglados y razonables precios convienen á los viajeros de todas clases.

Fiel á mis antiguas costumbres, bajé al *Ecriveuse rouge*, cuya magnífica muestra se destaca sobre una fachada blanca, viéndose de un estremo á otro del barrio. Desde las ventanas del salon venia el humo de los vapores que llegaban y se preparaban á marchar. Casi frente por frente está el gran puente de madera alto y sentado sobre sus piernas de abeto, frágil apoyo de los que el río parece hacer un juguete, y que, á pesar de esto, resisten mejor que los pilares de piedra á las crecidas mas fuertes. Una multitud activa circula por allí yendo y viniendo á la ciudad sin cesar, y luego al barrio de *Urfahrt*, donde el comercio y la industria tiene desde hace algunos años elegido domicilio, dejando á la vieja ciudad sus monumentos científicos y militares, y los antiguos honores de una capital de provincia.

Los alrededores de *Lintz* son célebres por los acontecimientos históricos que han tenido allí efecto; pero nada vale para los habitantes y para el extranjero, la iglesia de *San Florin* y el monasterio, del cual se divisa desde lejos su campanario en forma de campanilla. Se llega á él en una hora y media de paseo, á través de campos y de viñas sin cercado, y un bosque de abetos del efecto mas encantador; una cuesta bastante suave permite á los carruajes llegar hasta el pie de la iglesia, y de allí á cualquier punto donde se dirija la vista, se encuentra un cuadro digno de admirarse: aquí están los *Alpes* de Salzburgo, cargados aun de escarchas y nubes sombrías; allí delante, la rica y fértil llanura de *Ens*, las caprichosas revueltas del Danubio y del *Traun*, que despliega una cinta argentina resplandeciente como el sol; despues la ciudad y sus nuevas murallas, sus casernas y el aparato guerrero que contrasta con el andar esencialmente pacifico de sus habitantes; despues, un poco mas lejos al bajar las cervecerias ó fábricas ocultas entre grandes árboles. Pero sobre todo en un día festivo es cuando es necesario seguir á la multitud hasta la iglesia del convento: allí vienen de muy lejos y la corte imperial ha conservado siempre como una piadosa tradicion la costumbre de ir, durante las fiestas de la natividad de Nuestra Señora, á hacer sus devociones al monasterio de *San Froilan*. Los visitantes son entonces numerosos y escogidos; abundan las ofrendas, y los rosarios benditos se venden por millares á la puerta de la iglesia. Pequeños y grandes, ricos ó pobres, todos quieren llevar un recuerdo de la peregrinacion, y no es su valor intrínseco quien hace el precio, porque están montados en cobre, y no se venden sino á algunos *kreutzers*.

Yo tenia hace años, entre otros objetos, uno de esos rosarios formados de granos oblongos, parduzcos y huecos: me lo habia dado una per-

sona piadosa que lo había recibido de María Antonieta. Habiendo estado cerca de la reina por mucho tiempo en un destino de confianza, daba á esta memoria un interés de corazón, y por lo tanto, lo confieso, había tenido mis dudas acerca de la autenticidad de una reliquia tan preciosa. En efecto, ¿cómo suponer una cosa tan vulgar en manos reales! Ahora bien; encontré en el convento de San Froilan los mismos rosarios, con su forma y sencillez de otras veces. Los he visto llevados en Viena por personas de elevado rango, y cuando otra peregrinación me conducía á las cercanías de *Neustadt*, al asilo donde la noble hija de María Antonieta se había rodeado de recuerdos de la familia y de la patria, entre tantos objetos preciosos que hirieron mi vista, nada me causó mas emoción que la vista de un rosario semejante en todo al que yo tenía en mi casa. Si, era el rosario de San Froilan, era la reliquia de una mártir. La misma iglesia había visto hacia años, dos nobles mujeres arrodillarse y orar; la hija de María Teresa en todo el brillo de su juventud y de su hermosura, con todo el esplendor reservado á su raza, y haciendo quizás su última visita al convento de San Froilan la víspera de partir para Francia..... Y mas tarde la huérfana dos veces proscripta, la viuda del último déstin de Francia, iba también á buscar al mismo altar, donde su madre había pedido, los consuelos supremos del destierro.

*Solatia luctus
Exigua ingentis!.....*

Poco tiempo me restaba de permanecer en *Lintz*, y la casualidad, ese dios del viajero, me reservaba aun una sorpresa. Yo encontré allí algunos conocimientos de mi primera estancia, el consejero Abel de N..... uno de los mas apreciables anticuarios y de los mas intrépidos coleccionadores de Austria, y en la biblioteca que posee, tiene en ella sola mas de *Elzevirs* y de *Alde Manuce* que las de París ó de Londres; y que tiene el primero determinado el sitio del Ring ó campo de *Attila*, en la Austria baja; despues un valiente y digno oficial de hulans, envejecido como yo en tres años de nuestro primer encuentro; pero en cambio siempre lugar-teniente y esperando sin renegar el grado de capitán, despues de 30 años de servicio, ó la pensión de retiro. Tales ejemplos no son raros en Austria, donde todo sufre la ley del tiempo, y donde no se conoce aquella enfermedad endémica del ejército francés, el *ascenso*. Por lo demás, convendría de buena gana en que mi amigo el oficial es una escepcion aun para su país. Es instruido y buen soldado; pero tiene pocos protectores: es de buena familia y ha hecho proezas en la guerra de Hungría; pero goza con hablar de la Francia: él fué herido en el campo de batalla; pero tendió la mano á sus adversarios, y creyó en generosas inspiraciones del patriotismo: de esta manera tiene 47 años y es lugar-teniente.—Pasamos juntos á una de esas buenas *soirees*, donde se encuentran amigos despues de haber trocado simples puntos de cortesía, y nos citamos en Viena, donde estaba delegada para la gran solemnidad secular de la orden de María Teresa.

CAPÍTULO V.

De Lintz á Viena por el Danubio.—Torbellinos.—Diernstein.—La abadía de Moelk.—La poesía y la historia.

El viajero que por primera vez navegue por el Danubio, se admirará de no encontrar por todas partes aquellas colinas cubiertas de altas arboledas ó de viñedos, aquellas montañas coronadas de viejos (burgs) desmantelados que dan al valle del Rhin, de Bale á Loblentz, un carácter tan romántico. Bien pronto la monotonía del paisaje le fatiga ó le incomoda, y á pesar suyo, cede á aquella especie de atonía que se apodera del alma y del cuerpo; deja la cubierta, baja al salón, pide un periódico alemán que no puede leer, una novela francesa que le hace dormir, y cae en una indiferencia apática.

¡Feliz, por lo tanto, aquel que comprende el viaje tal como él es! Lejos de hacer un *dithirambó*

ó una *égloga* perpétua, vuelve á encontrar allí la imagen compendiada de la vida, y guarda para los buenos monumentos una admiración real y sin énfasis, como no tenga tomado el partido de la denigración y tédio. El sol y la luna pasan sucesivamente por el mismo surco, y uno de los encantos del viaje está en este contraste inesperado que encontramos á cada paso.—Ya se ha atravesado la llanura uniforme, el barquillo se vé libre de los rodeos que el río dibuja entre *San Peter* y *Strazing*; nos dejamos á la derecha á *Ebersberg*, donde vienen á reunirse las tumultuosas aguas de la *Traun*, y que parecen dominar aun la sangrienta aureola de 1809 y la sombra de *Massena*; despues, de repente, se acelera nuestra carrera, los dos ríos se aproximan, se levantan y comprimen al Danubio en un estrecho profundo, donde los bosques de abetos descienden gradualmente hasta la orilla; donde los ciervos que braman, mezclan su voz á la grande del río, y al sonido de la campana que llama á todos los pasajeros sobre cubierta, hemos pasado á *Manthansen* y tocamos en los *Torbellinos*. A causa de terrores exagerados, pero también peligros reales, este paso era en otro tiempo temido de todos, y las antiguas leyendas no cesan de hablar de las fatalidades de que fué testigo. Y ya los barquillos han roto su frágil cubierta en aquellas agudas piedras donde la flota juega alguna vez á flor de agua y algunas veces cruza corrientes engañosas. En 1854, yo subí el Danubio; las aguas estaban muy bajas y nuestro barco, muy cargado de gente, debió detenerse durante una buena parte de la noche, para no esponerse á los *Torbellinos*; al día siguiente al amanecer pasamos, pero sintiendo á cada movimiento de la máquina el roce de la quilla sobre las rocas.—Menos dichoso que nosotros, el *yacht* que volvía á Viena con la joven pareja imperial, despues de la peregrinación á San Froilan, tocó en una restinga y se rompió.

Hoy día nada hay que temer, engrosadas las aguas por la lluvia de los días anteriores, por todas partes cubrían las rocas, y pasamos sin estorbo, dejando trás de nosotros á *Need-Wallsée*, *Grein*, *Struden*, y á *Yps*, donde el río camina mas en calma; frente por frente se elevan las torres de *Persenbeug*, que parecen á los guardianes seculares del valle, abarcando con la vista todo el río ancho como un lago de que apenas se descubre su fin.—Un gran río tiene á derecha y á izquierda montañas por cerco, pocas ciudades en sus bordes, pero pueblos en los llanos y casi al nivel de las aguas; de donde se destaca solo la torre parroquial, castillos ruinosos como el del Rhin, ó residencias del clero, donde el lujo moderno se liga á la opulenta grandeza del tiempo pasado, abadías donde la austeridad monacal ha hecho sitio á una urbanidad de buen gusto, y no ha conservado de lo antiguo sino sus tradiciones hospitalarias..... De esta suerte se presentaba á nosotros, despues de *Gros-Pechlarn* y *Weidenetz* la grande y célebre abadía de *Moelk*, donde tuvo Napoleón su cuartel general en 1805 y 1809.—Dos vastas naves de edificios se unen á la fachada por una terraza en figura de rotunda, y del centro se elevan las tres medias naranjas de la iglesia; el conjunto es de un efecto maravilloso, y nada es dado citar en Alemania que pueda compararse con aquel magnífico cuadro, sino la abadía de *Bodenbach* en el *Elba*, en la bifurcación del camino de *Dresde* á *Praga*.—Al ver aquellos redondos y labreados campanarios se advierte ya la marcha hacia el Oriente ó el Mediodía, y si el arte gótico ha dejado en todas partes su impresión, el gusto italiano del siglo xviii ha pasado por allí con *M.^a Teresa* y *José II*.

Pero hémos aquí de lleno en la edad media, y no pasaremos bajo esas rocas áridas y salvajes, bajo esos arruinados muros, sin pedirles el eco del romance de *Blondel*.—Allí fué donde estuvo prisionero el héroe de *Palestina*, aquel hombre cuyo corazón de león, aquel Ricardo que volvía del combate *erizada la coraza de flechas como un acerico lleno de agujas*..... Cierto, el sitio y el carcelero se escogieron hábilmente; el alma de *Aohamar de Aggstein* era de piedra y de granito como los muros de *Dürrenstein*, y la ven-

ganza del duque de Austria había encontrado su ejecutor.—Por lo tanto, feliz aquel que supo inspirar tan fiel sacrificio, y si la leyenda de *Blondel* no es sino una ficción, no dejará de ofrecer menos en todos los siglos tan tierna lección: es dulce pensar que los reyes no hayan sido siempre aquellos ilustres ingratos de que habla *Voltaire*, y que han conocido la amistad... Se dice, y esto es ya casi de la leyenda: que Napoleón, pasando en 1805 bajo las rocas de *Dürrenstein*, se detuvo algunos instantes pensativo y meditabundo. La suerte del monarca inglés se le representaba en su mente, y conquistador, se preguntaba quizás si algun día no habría necesidad de otro *Blondel*, cuya voz pudiera llegar hasta él, y viniese á dulcificar, sin terminarlas jamás, las horas de la cautividad.....

Pero ya las últimas sumidades del *Wiener-Wald* bajaban sobre el Danubio, y el *Kalemberg*, aquella defensa natural de la capital del Austria, rechaza al río por el Norte entre *Stein* y *Kreems*: allí principia aquella confusa red de islas y canales que la topografía mas hábil tiene el trabajo de seguir. De esta suerte se pasa por delante de *Mantern*, posición notable en el camino de Viena: frente por frente se abren las estrechas gargantas ilustres por los combates sangrientos dados en 1805. Allí volvimos á encontrar páginas de nuestra historia, y la gloria militar, aquella gloria que habla tan alto al corazón humano, no ha hallado en ninguna parte un teatro mas grandioso: saludemos, pues, con vanidad á los antiguos muros de *Tulu* y de *Klosterneubour*, que han visto estenderse por la llanura las armas conquistadoras ó libertadoras de Viena, á los polacos de *Sobieski* y á los soldados de Napoleón.

Hé aquí á la orilla izquierda el camino de hierro con las estaciones de *Korneuburg* y de *Stokeran*, despues á la derecha el embarcadero de *Nussdorf*, donde se interrumpen la navegación del Danubio hacia arriba de Viena.

No nos apresuremos por atravesar la baranda de mozos de cuerda, comisionados y chicos, que allí como en todas partes pueblan el muelle del embarcadero; la aduana y los edificios del puerto no son sino provisionales y lo serán siempre; porque á medida que la vía férrea se estiende y se propaga, el barco de vapor ve disminuir su importancia. La economía del tiempo hace pasar por encima de muchos inconvenientes, y para llegar mas pronto al objeto, se renuncia al encanto que siempre ofrecerá el curso de un gran río.

Nussdorf se halla á legua y media de Viena; los omnibus y carruajes de todas clases aguardan á los viajeros, y aun algunas veces, en ausencia de toda policía formal, los tiranizan horriblemente. Esta es, pues, la ocasión de invocar aquí nuestra experiencia, y de dar á los que nos leyeren y deseen visitar á Viena algunas reseñas útiles.

Hay para todas las carreras de carruajes en Viena ó sus cercanías una tarifa regular é impresa, que os será necesario buscar con cuidado en los rincones mas ó menos limpios del carruaje y entre los carteles de policía y reglamentos antiguos, porque jamás el cochero os lo presentará, y si se lo pedis, hará que no os comprende: lo mejor entonces es el hacer pagar al sumiller ó portero del hotel; ellos están al corriente de todos los arduos y pretensiones de aquella gente.—El precio de *Nussdorf* á Viena, por un *fiacre* de dos caballos con la conducción de equipajes, es de dos florines.—Menos es un poco mezquino, mas es de lujo. En Viena la carrera ordinaria es de cuarenta y seis á cincuenta *kreutzers* (1 fr. 90 c.); la hora se paga un florin de papel, es decir, dos francos veinte céntimos, ó dos francos cincuenta céntimos; se regula en ajuste para todas las carreras por fuera, y el precio es de seis florines á diez ó doce para el medio día ó el día entero. Los carruajes en general son buenos y marchan ligeros.—Tened también cuidado de precisar bien el hotel donde os queráis bajar, y no os entreguéis nunca á vuestro cochero: para ganar algunos *kreutzers* de gratificación, os conducirá, según él os haya podido apreciar con una inspección rápida, ó á un horrible tabuco de donde os vereis obligados á repartir al punto que os haya dejado depositado, ó en algun hotel de fama, ver-

dadero verdugo aristocrático, donde veréis lacayos llenos de galones cargar con vuestros baules, y apoderarse literalmente de vuestra persona. Un poco aturrido, y algo contenido por amor propio, no queréis hacerlos conducir desde luego, y habréis dejado por una nota de gastos doble ó triple de lo que hubierais pagado á treinta pasos de allí; tales son los hoteles de Munich, del archiduque Carlos, etc., etc.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

MUERTE DE JESUCRISTO.

EFEMÉRIDES RELIGIOSAS.

Hace diez y ocho siglos que en una ciudad, cuyo nombre está marcado con una mancha de sangre en la historia, alterada con violenta conmoción, se agitaba, se apiñaba en tumulto la muchedumbre en las calles y sobre las plazas públicas; una siniestra algazara de confusas é innumerables voces había sucedido de repente á un silencio de angustia y de terror. Era cual una viva explosión de todos los encontrados sentimientos que una fuerza sobrenatural hubiese tenido por algún tiempo comprimidos en los corazones y que de pronto estallaban. Aquí lágrimas, sollozos y todas las señales exteriores de un inconsolable dolor; allí imprecaciones, blasfemias y la mal asegurada alegría de una venganza, sin embargo, satisfecha.

¿Cuál era, pues, la causa de aquella universal agitación? ¿Qué suceso tan extraordinario había removido así las entrañas de aquella inmensa multitud? Se había verificado una sangrienta ejecución á las puertas de aquella ciudad. Un hombre, condenado por el Consejo supremo de su nación, acababa de espirar en los tormentos del último suplicio; empero, extraordinarias señales habían acompañado á su muerte. El último grito de la víctima había estremecido la naturaleza; la tierra había temblado bajo los pies de los verdugos, se habían hecho pedazos las piedras de los sepulcros, había palidecido el astro del día, y las tinieblas de una anticipada noche se habían estendido cual un velo de sombrío dolor sobre aquella lamentable escena. La muchedumbre, que había corrido á presenciar aquel triste espectáculo, penetrada de un religioso terror, se alejaba y se golpeaba el pecho cual si la cólera del cielo irritado tronase ya sobre ella, cual si de las profundidades del Calvario se hubiese dejado ya oír en todos los corazones, con una voz terrible, esta amenazante profecía: ¡ay del templo! ¡ay de ti Jerusalen!!!

Desde que fué dado al mundo el inaudito espectáculo de una muerte semejante, cada una de las generaciones que pasan sobre la tierra, se detiene también delante de esta cruz siempre inmóvil, en medio del movimiento universal que arrastra á los hombres y á los siglos. Los unos se postran, meditan y adoran. Otros pasan corriendo, apenas se inclinan, y blasfeman algunas veces de lo que jamás han comprendido.

Los Judíos no encuentran en esa cruz sino un objeto de escándalo: el espíritu frívolo y soberbio de los Griegos solo ve en ella la locura; empero la fuerza y la sabiduría de Dios, dice San Pablo, se revelan allí á los que han sido llamados, ora sea de entre los judíos, ora de entre las naciones paganas.

Lo que se ve, lo que se nota en nuestros días, es la necesidad de verdad que atormenta á las mas jóvenes inteligencias, esas graves preocupaciones de los espíritus mas frívolos, en la apariencia, esa devorante actividad que quisiera, en fin, profundizar los misterios demasiado ignorados del cristianismo; todo en esta sociedad que se agita en derredor nuestro nos manifiesta: que si la fé de Jesucristo no ha reconquistado sobre todos los corazones su activo y legítimo imperio, al menos están aislados, y como perdidos en medio de nuestra época, esos restos de pretendidos espíritus fuertes, que se atreven todavía á menear con irónica burla la cabeza en presencia de la Cruz!

Todo indica que se va obrando lentamente una reacción religiosa, y que se van confundiendo bajo la unánime aprobación de las nuevas generaciones los impotentes esfuerzos de la incredulidad filológica del último siglo.

No trataremos de hacer una pintura de los pecados y de los crímenes que pesaban sobre el mundo antes del nacimiento del Mesías. Mostraremos al Hijo de Dios descendiendo de su gloria eterna para rescatar á los hombres, las tempestades y quebrantos en torno suyo en la Judea, por sus discursos, por sus milagros, por sus celestiales virtudes; Jesucristo formula, para el orden y la gloria de la civilización, verdades infinitamente superiores á todas las afirmaciones que hasta entonces había oído el mundo. Cuantos códigos sociales se habían publicado en las grandes naciones, se resentían de aridez ó de un sentido personal ó individual: en el Evangelio la expresión es siempre afectuosa y en sentido universal. En las antiguas legislaciones se ve el trabajo del arreglo, del estudio, la fatiga del legislador; en el Evangelio todo es sencillo, natural, inspirado; el precepto sale como de una manantial inagotable.

En las antiguas legislaciones todo revelaba la miseria del hombre, siempre exagerada en una dirección ó en otra; en el Evangelio todo atestigua la presencia de una facultad divina que pronuncia las palabras de la verdad. Ningun legislador tuvo gran confianza en sus doctrinas. Jesucristo la tiene tan grande, que no discute sino que enseña lo absoluto por palabras absolutas.

«Los cielos y la tierra pasarán, dice Jesucristo; empero no dejarán de subsistir mis palabras.» (S. Luc. c. 31, v. 33). Los legisladores del mundo se habían dirigido hasta entonces sobre una fracción de la humanidad, ni pensaron hacer otra cosa; Jesucristo dirige la eternidad de su palabra al mundo entero, á toda la raza humana.

Por último, el término de la misión de Jesucristo se aproxima: la hora que el Eterno había anunciado hacia cuatro mil años, iba á sonar. Jesucristo dejó tres cosas al mundo: un hecho, un libro, una institución. El hecho fueron sus milagros; el libro, el Evangelio; la institución, su Iglesia. No le basta á Jesucristo, como había bastado á la mayoría de los filósofos mas célebres del mundo, haber propuesto una doctrina; quiere la realización, la practica de su doctrina. Instituye la Iglesia, y la eleva por la santidad de sus prácticas, tanto como por la santidad de sus doctrinas, sobre cuantas corporaciones religiosas y especulativas habían visto los siglos.

Jesucristo completa su obra por los sacramentos, dirigiéndose igualmente á todas las edades. Nada dice, nada piensa que no sea digno de la mas seria y ardiente simpatía. Por el Bautismo toma al recién nacido y lo introduce en la sola vía donde le es dado crecer con mas dignidad y mas felicidad; por la Confesion y la Penitencia quebranta el orgullo de todos, el orgullo del pobre como el del rico, haciéndoles arrepentirse de sus faltas en los pliegues mas íntimos y secretos del alma; por la Eucaristía eleva el hombre hasta Dios, inundándole de un inefable placer, y poniéndole al mismo tiempo en relación permanente con todas las virtudes; y por la Confirmación le inspira una fuerza y vigor capaces de protegerle y mantenerle contra los ataques de las pasiones, contra las tentaciones del enemigo; por el Matrimonio preside á la felicidad de la familia y á la prosperidad social; por el Orden eterniza y perpetúa en el mundo el ejemplar, el modelo de la pureza sacerdotal; por la Estreñación vierte el bálsamo de las mas deliciosas esperanzas en el alma de aquellos que van á dormir en el sepulcro. No hay una circunstancia en la vida que no vigile, que no mejore. Los sacramentos igualan á todos los hombres, con aquella igualdad imprescriptible, que les recuerda, en cesar su origen y su fin; reunen á todos los hombres en la misma fé, en las mismas obras, en la misma santidad, en el mismo objeto. Ningun sistema filosófico, ninguna aristocracia sacerdotal de los tiempos pasados puede disputar á la doctrina de Cristo las innumerables garantías de moralidad y de solidez de bienes que ofrece á la humanidad.

Si los que intentan desconocer la divinidad de

Jesucristo, meditasen desinteresadamente su muerte, verían qué fuerza y qué paciencia. Después de haber celebrado la Pascua, Cristo va al monte de las Olivas; empero apenas sale de las angustias que acababa de sufrir previendo el crimen que iba á entregarle al Sanhedrin, se presenta Judas, Judas el traidor, que debe entregarle. ¿qué hace Jesucristo? Se entrega sin titubear á los soldados que vienen á prenderle, Pedro, para defender á su señor y maestro, saca la espada y corta la oreja de uno de los criados del gran sacerdote. Jesucristo toca la oreja de Malco, y Malco queda curado.

Los que llevan al prisionero se burlan de él, le insultan, le hieren. Jesucristo permanece siempre tranquilo. Herodes le interroga para satisfacer una indiscreta curiosidad, Jesucristo no responde nada. Le revisten en señal de burla y de escarnio una vestidura blanca, y le vuelven á Pilatos; Jesucristo permanece impassible. Ponen sobre su cabeza una corona de espinas, una caña en la mano derecha, y calla. Doblan delante de él la rodilla para arrojar el sarcasmo y las palabras mas denigrantes sobre él, y calla. Escupan sobre su hermoso rostro, y calla. Le conducen al lugar del suplicio, y calla. Le crucifican entre dos ladrones, y calla. Los que pasan, menean la cabeza blasfemando contra él, y calla. Los principes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos de Israel le desafían á que baje de la cruz, y parecen desafiar á Dios mismo á que lo descuelgue de ella, y calla. Solamente á la hora séptima del día, la tierra se cubre de tinieblas y se oscurece el sol, rasgase por medio el velo del templo: entonces Jesucristo lanza un terrible grito, baja la cabeza y espira!!

Jamás presenció el mundo una muerte semejante: la naturaleza misma dió testimonio de que padecía el autor de ella, y así lo reconocieron algunos filósofos paganos. ¿Qué antecedentes mas hermosos? ¿Qué recuerdos mas nobles que los que tiene el cristianismo? En sus antecedentes aparecen las magníficas personalidades típicas de los patriarcas Abraham, Moisés y los grandes y pequeños profetas. Así el cristianismo había formulado el mejor regulador social en el mejor regulador religioso.

Efemérides. — 3 de abril de 1682. A la edad de 64 años murió en Sevilla, en donde había nacido, el gran pintor Bartolomé Estéban Murillo. Sin haber viajado, sin salir de su patria, sin atravesar los mares, supo Bartolomé Estéban Murillo pintar todos los géneros, paisajes; marinas, santos, milagros, historia. Es el Rafael español. Fué el fundador de la escuela de pintura Sevillana. El Senado y el Congreso español han votado en este mismo año de 1839, una estatua que ha de levantarse en Sevilla para honrar su memoria que el supo inmortalizar con sus obras.

4 de abril de 397. Muerte de San Ambrosio.

6 de abril de 1199. Muerte de Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra. Tomó una gran parte en la tercera Cruzada.

6 de abril de 1520. Día de Viernes Santo murió, á la edad de 37 años, el mayor de los pintores modernos, Rafael Sanzio de Urbino, víctima de su escesivo trabajo y del abuso de los placeres. Digno rival de Miguel Angel, escribió sus títulos á la inmortalidad sobre las magníficas paredes del Vaticano. Favorito de Leon X, fué el fundador de la escuela romana y el maestro de una porción de pintores de primer orden, entre ellos, Julio Romano.

10 de abril de 757. Comienza el uso de los órganos en las iglesias en Compiègne. El primer órgano fué regalado por Constantino Copronimo á Pepino, rey de Francia, que se hallaba entonces en aquella ciudad, y que lo regaló á su vez á la iglesia de San Cornelio.

12 de abril de 1638. Abolicion del cristianismo en el Japon. San Francisco Javier había llevado la religion cristiana al Japon en 1549; los sacerdotes de la idolatría, envidiosos de los progresos de la religion católica, obtuvieron del emperador un sangriento edicto contra los cristianos; empero entonces se verificó de nuevo aquella palabra de Tertuliano de que *el sangre de los mártires es la simiente de los cristianos.*

En 1592 los misioneros contaban con doce mil prosélitos más.

Bajo el reinado del emperador Fide-tada, los cristianos desesperados de ver matar tantos millares de sus hermanos, se retiraron en número de cerca de cuarenta mil a la isla de Xica. Allí fueron muy pronto perseguidos, y habiendo sido tomada la fortaleza donde se habían refugiado, fueron asesinados casi todos. Desde aquel tiempo quedó el Japon casi enteramente cerrado para los europeos. Se sabe que solo los Holandeses podían penetrar allí sometiéndose a pisotear antes un Crucifijo.

15 de abril de 1641. Muerte del célebre pintor Domingo Zampieri, llamado el Dominiquino, pintor célebre de Bolonia, hijo de un zapatero, y a quien sus inmortales obras han colocado en la primera gerarquía de los artistas, después de Rafael, del Corregio y del Ticiano.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

EL CALOR Y SUS APLICACIONES.

(Conclusion.—V. el n.º 45).

Un fenómeno semejante a la fusión presenta el calor influyendo sobre los líquidos, los evapora, es decir, los transforma en vapor.

La aplicación de esta propiedad es inmensa; multitud de industrias están basadas en este fenómeno; así la fabricación del aguardiente y todos los licores no tienen más agente que la evaporación. Todo el mundo tiene idea del *alambique*, fig. 3.ª, que se compone de una caldera B cerrada en su parte superior por un sombrerete A terminado por un tubo R, que afectando una forma enroscada, llamado serpiente, que entra en un vaso lleno de agua mantenida constantemente fría, en donde el vapor del líquido que se quiere destilar, viene a condensarse, es decir, a volver a tomar su estado de líquido, dejando en la caldera B la materia que a. les contenía, y de la que se encuentra ahora separado.

Otros muchos ejemplos podría citar para dar una idea de la estensa aplicación de esta preciosa propiedad del calor, y entre ellos el que se presenta en primera línea por su importancia, es el vapor de agua, empleado hoy día como motor, que tan portentosa revolución ha causado en este siglo; pero su importancia requiere un artículo especial.

Todos los cuerpos tienen la propiedad de absorber ó abandonar el calor, según las condiciones en que se encuentran: esta absorción ó esta pérdida se efectúa por dispersión ó radiación, ó por contacto.

Esta doble propiedad es de suma utilidad, y el hombre ha sabido aprovecharse de ella para sus necesidades. Esta es la razón porque se cambia de vestidos, según la estación en que uno se encuentra; así en verano se prefieren los vestidos blancos, porque absorben menos el calor y lo dispersan más que los negros. Los vasos para calentar líquidos, son preferibles los de metal, porque transmiten el calor mejor que los de barro.

A esta última propiedad podemos añadir esta otra. Todos los cuerpos no absorben la misma cantidad de calor, aunque se los esponga a la misma temperatura.

El calor se trasmite a los cuerpos de diferentes modos. Se trasmite por radiación, que es cuando ponemos un cuerpo a cierta distancia del fuego, y sentimos, sin embargo, que se va calentando, lo cual quiere decir que los rayos de calor se transmiten a través del aire, y llegan al cuerpo que se halla delante; lo cual es lo mismo que cuando una persona se acerca a una chimenea encendida. El calor se trasmite también por reflexión, es decir, que si los rayos de calor emitidos por radiación, encuentran un cuerpo de cierta forma, y que su superficie sea lisa, parte de ellos son rechazados. En física demuestran este fenómeno por medio de un espejo cóncavo. Se cuenta que Arquímedes incendió la escuadra

romana que sitiaba a Siracusa, con el auxilio de grandes espejos.

El calor se trasmite, en fin, por contacto.

El calor puede considerarse como producido por tres causas: mecánicas, físicas y químicas. Las acciones mecánicas, tales como el roce y la presión, desarrollan bastante calor, de que tenemos una prueba evidente, cuando las ruedas de un carro se hallan faltas de sebo, vemos humear el eje y los cubos de las ruedas.

La radiación del sol, el calor terrestre y la electricidad, son las principales causas físicas, cuyos principios se ignoran. Unos pretenden que el sol es una masa continuamente en ignición, que experimenta inmensas erupciones; otros dicen que es una pila voltaica que, produciendo grandes corrientes eléctricas, forma la luz y el calor solar. Pero estas explicaciones son meramente conjeturas en que no se puede fundar. En cuanto al calor terrestre, se dice, proviene del fuego interior del centro de nuestro globo, que evidentemente debe hallarse en ignición, como lo prueban las erupciones volcánicas.

De todas las causas de producción del calor, la más importante es el fenómeno de la combustión, que es una reacción química entre ciertas sustancias vegetales ó minerales, y el oxígeno del aire.

Los combustibles son los materiales que la naturaleza ha puesto a nuestra disposición para que nos procuremos el calor, tan indispensable a todas nuestras necesidades.

La madera es el primer combustible de que hicieron uso los hombres; luego, más tarde, cuando las necesidades fueron aumentando, y que los descubrimientos se sucedieron, la madera era un combustible demasiado impuro para ciertos usos.

Entonces, después de mucho tiempo, se pensó en carbonizarla, impidiendo el contacto brusco del aire que hubiera reducido la madera a cenizas, y se obtuvo el carbón, combustible artificial más puro, pues por la carbonización se habían eliminado las sustancias impropias a la combustión.

Las necesidades se aumentaron todavía más; los bosques se iban agotando; era menester echar mano de otro combustible: entonces la naturaleza siempre previsora, dejó ver al hombre el inmenso tesoro que de precioso combustible le había conservado en las entrañas de la tierra.

El descubrimiento de las minas de carbón de piedra ó mineral produjo una revolución inmensa en el mundo, una nueva era se presentaba. Del mismo modo que hizo con la madera, el hombre ha carbonizado también la hulla ó carbón mineral, y ha obtenido otro más puro, que se conoce con el nombre inglés *coke*.

Las aplicaciones del fenómeno de la combustión son numerosísimas. La que primero se presenta por su imperiosa necesidad es el fuego de nuestros hogares, ya sea para condimentar nuestros alimentos, ya para calentar nuestras habitaciones en los rigurosos fríos del invierno. Todos los hogares le terminan por un conducto que conduce el humo fuera del edificio, que todo el mundo sabe se llama chimenea, y cuyo oficio no es ese solo; además sirve para activar la combustión; en efecto, el aire de la chimenea se calienta y se hace más ligero, por cuya razón sube por la chimenea; otra porción de aire frío viene a reemplazarle y se establece una corriente de abajo á arriba, como claramente se ve en la fig. 4.ª, que es la que mantiene el fuego.

La figura anterior nos representa lo que llamamos una chimenea a la francesa, que es el medio más cómodo de calentar las habitaciones y que se va generalizando bastante; pero en los países más fríos ó en los grandes edificios, este método es insuficiente, y verdaderamente hablando, es más bien un lujo que un medio de calentarse. Las estufas son preferibles, porque calientan el aire de la habitación en que se hallan.

Para calentar los edificios públicos, como los teatros, academias, universidades, etc., hay tres medios, que se usan hoy indistintamente: el vapor, el aire y el agua caliente; en todos tres el procedimiento es análogo. Así en el centro del

edificio y en la parte más baja se coloca el horno que calienta el aire, el agua, ó forma el vapor, y por medio de tubos se reparte en todas las habitaciones de la casa, como puede comprenderse mirando la fig. 5.ª

He aquí, pues, las principales propiedades que presentan los cuerpos cuando se les espone a la acción del calor; todas reunidas constituyen una inmensa riqueza que la naturaleza prodiga al hombre.

Pero sin disputa alguna los combustibles forman la principal riqueza, tan íntimamente ligada a nuestra vida, que horroriza el pensar lo que sería de nosotros si los combustibles vinieran a faltarnos; millones de brazos caerían en la inacción y nuestra ruina sería inevitable.

Considérense los diferentes ramos de la industria de nuestra época, el vapor, ese coloso que todo lo puede, que todo lo anima; esos altos hornos volcánicos creados por el hombre, que funden millones de quintales de hierro anualmente; en fin, las infinitas fabricaciones que en todas interviene el calor, y por consiguiente, los combustibles; y se verá que la cuestión que mis escasas fuerzas no me han permitido tratar como su importancia requiere, merecen se piense en ellas profundamente, ahora más que nunca, hoy que las necesidades de nuestro siglo material é industrial, de todo necesita y todo le hace falta.

D. M. MURILLO.

CRÓNICA ESTRANJERA.

El *Morning Post* ha publicado recientemente un despacho dirigido por el conde de Cavour al embajador sardo en Inglaterra, contestando a la proposición dirigida por sir J. Hudson al gabinete de Turin, con objeto de que el Piamonte, imitando el ejemplo del gobierno austriaco, prometa no hostilizar al Austria.

El conde de Cavour al dar su respuesta, después de mencionar las reclamaciones del Piamonte contra Austria, y demostrar que Inglaterra ha reconocido lo anómalo de la situación de Italia y prometido coadyuvar a su remedio, termina declarando que Cerdeña, fundándose en esta promesa, se halla dispuesta a dejar de hostilizar al Austria.

Entre tanto un despacho telegráfico de París nos dice que las grandes potencias desean la inmediata reunión del congreso que ha de negociar la paz; pero que todavía no se ha resuelto en definitiva ni el punto donde ha de celebrarse sus sesiones, ni si los Estados italianos tendrán representación en el mismo. El *Diario de Dresde* se ha creído poder asegurar lo que no se atreve a hacer la telegrafía, y en uno de sus últimos números decía que la reunión del congreso para el arreglo de la cuestión italiana tendría lugar fijamente el día 30 del actual.

Si bien es verdad que se señalan varios nombres de diplomáticos como indicados para figurar en la próxima conferencia, es no menos cierto que no pueden todavía fijarse de un modo oficial.

Dícese que representarán la Inglaterra lord Malmesbury y lord Cowley, y la Francia Mr. de Persigny y Mr. Drouin de Lhuys, ó el príncipe Napoleón.

Mientras nuevas noticias presentan la situación europea más ó menos despejada, publicamos á continuación la declaración final de Aix-la-Chapelle, fechada á 15 de noviembre de 1818 en nombre de las cortes de Austria, Francia, Inglaterra, Prusia y Rusia, y que, según el periódico *Ost-Deutsche-Post*, debe servir de base á las tareas del futuro congreso por indicación del Austria, dice así:

«Realizada la pacificación de Europa con la resolución de retirar las tropas extranjeras del territorio francés, y cesando las medidas de precaución que acontecimientos lamentables habían hecho necesarias, los ministros plenipotenciarios de SS. MM. el emperador de Austria, el rey de Francia, el rey de la Gran-Bretaña, el rey de Prusia y el emperador de todas las Rusias, han

recibido de sus soberanos la orden de poner en conocimiento de todas las Cortes de Europa los resultados de su reunion en Aix-la-Chapelle y de hacer con este motivo la declaracion siguiente:

«La Convencion de 9 de octubre, que determina definitivamente el modo de hacer efectivos los compromisos consignados en el tratado de paz de 1813, es considerada por los soberanos que en ella tomaron parte como complemento de la obra de paz y del sistema politico destinado á afianzarla.»

«La íntima union establecida entre los monarcas asociados á este sistema por sus principios y por el interés de sus pueblos, ofrece á la Europa la prenda mas sagrada de su tranquilidad. El objeto de esta reunion es tan sencillo como grande y benéfico. No tiende á ninguna nueva combinacion politica, á ningun cambio en las relaciones sancionadas por los tratados existentes. Tranquila y constante en su accion, no tiene otra mira que el mantenimiento de la paz y la garantía de las transacciones á que debe su fundacion y seguridad.»

«Los soberanos que forman esa union augusta han considerado como base fundamental su invariable resolucion de no apartarse jamás entre ellos ni en sus relaciones con otros Estados, de la mas estricta observancia de los principios del derecho de gentes, principios que en su aplicacion á un estado de paz permanente, son los únicos que pueden garantizar eficazmente la independencia de cada uno de los gobiernos y la estabilidad de la asociacion general. Fieles á estos principios, los soberanos mantendrán igualmente en las reuniones á que asistan en persona, ó tengan lugar entre sus ministros, ya tengan por objeto discutir en comun sus propios intereses, ya se refieran á asuntos en los cuales otros gobiernos hayan solicitado formalmente su intervencion; y este mismo espíritu presidirá á sus consejos, reinará en sus comunicaciones diplomáticas, dirigirá tambien esas reuniones, y tendrán constantemente por motivo y objeto el reposo del mundo.»

«Tales son los sentimientos que han animado á los soberanos al llevar á cabo la tarea que les estaba encomendada, y no cesarán de trabajar en afianzarla y perfeccionarla. Reconocen solemnemente que sus deberes para con Dios y para con los pueblos que gobiernan, les imponen el deber de dar al mundo, en cuanto les sea posible, ejemplos de justicia, concordia y moderacion, y tendrán á gran dicha el poder consagrar desde hoy todos sus esfuerzos á la proteccion de las artes, de la paz, á acrecentar la prosperidad interior de sus Estados, y á despertar los sentimientos religiosos y morales, cuyo imperio han menoscabado por desgracia las vicisitudes de los tiempos.»

«Aix-la-Chapelle, 15 de noviembre de 1818.—Austria, Metternich.—Francia, Richelieu.—Gran Bretaña, Castlereagh, Wellington.—Prusia, Hardenberg, Bernstorff.—Rusia, Nesselrode, Capo d'Istria.»

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Con motivo del fallecimiento de S. A. J. y R. la archiduquesa Ana Maria, esposa de S. A. J. y R. el príncipe heredero de Toscana, primo hermano de la reina nuestra señora, S. M. se ha dignado resolver que la corte de España vista de luto por espacio de diez y ocho dias, mitad riguroso y mitad de alivio, debiendo empezar desde el día 26 de marzo.

—Del periódico oficial sacamos lo que sigue: Se ha autorizado á D. Juan Antonio del Valle, vecino de Coin, para que pueda aprovechar las aguas del arroyo Percila, como fuerza motriz de una fabrica de aserrar y pulimentar piedra que posee en dicho término, bajo algunas condiciones insertadas en la real orden concediéndole la autorizacion.

—De real orden se ha autorizado á los señores D. Juan Papell y Llenas y D. Francisco Cels, residentes en Barcelona, que tratan de fertilizar

los dilatados llanos del Ampurdan por medio de un canal de riego, derivado del rio Fluvia, en la confluencia del Turbay, término de Espinavesa, provincia de Gerona.

—Igual autorizacion se ha concedido á D. José María García Dufosse, vecino de Medina del Campo, que trata de fertilizar los sembrados de dicho punto por medio de un canal de riego derivado del rio Adaja. (*Gaceta* del 30 de marzo).

—Una real orden, inserta en la *Gaceta* del día 28 de marzo, manda que se espendan á los colonos y habitantes de Fernando Poo y Annobon todos los medicamentos que necesiten, con arreglo á la tarifa de precios de los presidios menores de Africa.

—En la sesion del Congreso del día 28 quedó aprobado definitivamente el presupuesto de Hacienda. Tambien se aprobaron los capitulos de la primera seccion del presupuesto del ministerio de Fomento.

—En la sesion del día 30 quedó aprobado el presupuesto del ministerio de Fomento. En la misma se aprobó el proyecto de ley del ferrocarril de Estremadura.

—En Valencia se está desarrollando la fabricacion del aceite de cacahuet, que da los mas lisonjeros resultados, aplicándola á la perfumeria y al uso de preparaciones farmacéuticas, en las cuales reemplaza con ventaja al aceite de oliva por su mayor fluidez y por la ausencia de olor.

—Se van á verificar en Barcelona juegos florales; se exige para tomar parte en el certámen, que las poesias esten escritas en catalan.

—Se ha descubierto en el término de Dolores, provincia de Alicante, una mina aurifera.

—La diputacion de Murcia ha acordado ofrecer espontáneamente el costear la tercera parte de la subvencion que debe satisfacer el gobierno al proyectado ferrocarril de Albacete á Cartagena.

—La diputacion provincial de Leon ha acordado establecer una cátedra de agricultura en el instituto de segunda ensenanza.

—La junta administrativa del ferrocarril de Córdoba á Sevilla ha acordado solicitar del gobierno el que se practiquen oficialmente en toda la linea los reconocimientos necesarios, á fin de que pueda inaugurarse para el 15 de abril.

—Un espantoso asesinato se perpetró esta semana en la calle del Duque de Alba. Cuatro ladrones asociados á la criada, que hacia solo tres dias habia sido recibida en casa de un antiguo prestamista, penetraron en ella, y cogiendo en la cama á dicho prestamista y á su esposa, de los cuales se componia únicamente la familia, les ataron fuertemente de piés y manos, metiéndoles unas bolas en la boca que sujetaron con pañuelos. Cuando, despues que robaron cuantas alhajas se hallaban en la casa, que eran muchas, se apercebieron los vecinos del suceso, merced á las voces que daba la mujer, á quien milagrosamente se desató la ligadura de la boca, el marido era ya cadáver.

La autoridad instruye las competentes averiguaciones. Se ha descubierto providencialmente una persona casi convicta ya del crimen por haberse encontrado en su poder varios efectos que eran de la desgraciada mujer.

—El domingo 27, á las cuatro y media de la tarde, se declaró un terrible incendio en una de las cuadras, convertida en pajera, de las reales caballerizas. La circunstancia de hallarse encima de la paja incendiada el guadarnés donde se custodian tantas preciosidades artísticas, daba mayor importancia al incendio; pero el fuego no salió del lugar donde habia empezado. Se ignora la causa del incendio que no estuvo estinguido completamente sino el día despues á las dos de la tarde.

—El general Ros de Olano ha presentado á S. M. la reina el regalo de los dos preciosos uniformes que hace al príncipe de Asturias la infanteria española. S. M. aseguró que el jóven príncipe luciria uno de estos uniformes en la primera revista en testimonio de la merecida estimacion en que tienen los reyes de España á todo el ejército español.

JUAN DEL CORREO.

Conciertos sacros, modificaciones en el teatro Real, música en palacio, artistas extranjeros, óperas nuevas.... todo se ha congregado durante el mes último para desmentir la primera proposicion de mi anterior revista.

Efectivamente, el arte musical ha cobrado en España un desarrollo tan grande, que á la vez admira y complace: y cada dia que pasa reúne cuantos elementos posee, y se presenta á todos con sus mas brillantes atractivos, logrando difundir la aficion y el entusiasmo, y educando el gusto del público, mientras que proporciona al alma vivas satisfacciones, ya halagando el orgullo nacional, ya acariciándola con sus dulcísimas frases, con sus celestes cantos.

Yo no he dicho á los lectores de este SEMANARIO que el Régio coliseo ha abierto de nuevo sus puertas, apareciendo al frente de él como empresarios, por un mes, los artistas á quienes la quiebra del Sr. Urries dejaba mal parados; pero tampoco necesitaba decirlo, porque siendo el teatro de la plaza de Oriente el astro donde provincianos y madrileños tienen fijos sus ojos, su reaparicion ó su eclipse son siempre noticias anticuadas. Pero no por esto me escusaré de hablar de la nueva ópera el *Saltimbanco*, que tanto se ha hecho desear, porque la fama habia traído hasta nosotros la nueva del éxito brillante que ha alcanzado en Italia, y porque sabemos que la Kenneth hacia primores en ella y esperábamos admirar una vez mas á esta eminente cantante.

El *Saltimbanco* se ha cantado por fin, y aunque se ha puesto en escena pocas veces, emitirémos nuestra opinion sobre este *spartito*, que no disminuye la justa reputacion que *Pacini de Roma*, como le llaman los italianos, ha podido alcanzar á fuerza de laboriosidad, de constancia y buen gusto. El asunto de la ópera está sacado del drama que el Sr. Valero ha estrenado en Madrid no hace mucho tiempo, con el título del *Poyaso*. Cualquiera que conozca este drama, cuyas situaciones se prestan mas para la ópera, comprenderá que ha podido hacerse una música inspirada sobre un asunto que no deja de interesar, y en el que se ponen en juego afectos, como el de madre y esposa, en lucha con preocupaciones de otras épocas y con unos celos imaginarios. La música, sin embargo, no es sorprendente; pero es muy agradable: abunda en melodias que si no todas tienen el privilegio de la originalidad, tienen al menos el del buen gusto, especialmente algunos coros, el duo de tiple y tenor del primer acto, y el ária de tiple del mismo cuya cabaletta como la del rondó final, son un modelo de elegancia y de belleza. Hay una gran pieza concertante con la que termina el acto segundo, que por el acierto que preside á sus combinaciones, por lo natural y valiente de las frases, por los efectos armónicos y la riquísima instrumentacion merece grandes elogios. Esta partitura es mas armónica que melódica, y está instrumentada con tal maestría, que no tenemos duda en aconsejar su examen á los que en nuestro país se dedican á la composicion, seguros de que hallarán en ella modelos de gran precio.

El público la ha aplaudido mucho en las dos únicas representaciones que de ella se han dado, y estoy seguro de que cuanto mas se oiga, mas gustara.

La Kenneth para quien Pacini escribió este *spartito* ha logrado alcanzar el mayor de sus triunfos en España. La portentosa agilidad de su garganta, el timbre dulcísimo de su voz, todo hace que el pronunciar algunas frases de la ópera con nueva y arrebatada, y que al cantar las cabalettas que he mencionado mas arriba, llegue el entusiasmo hasta el punto de hacérselas repetir, llamándola cuatro y cinco veces seguidas á recoger aplausos, flores y coronas. Bartolini tambien está admirable en el papel del protagonista; y solo como actor hubiera querido hallarle mas en carácter, pero como cantante se hace digno del aprecio que ha despertado en todo el público. Llorens ha cantado con acierto su ingrata parte, y solo Luise ha estado desgraciado.

Esto ha sido doloroso para los que queríamos oír toda la ópera, y nos hemos tenido que quedar sin una aria y una romanza de tenor encomendados al Sr. Luise.

Después se ha puesto en escena *Luisa Miller*, que ha obtenido buen éxito: ha tenido lugar el beneficio de Ginglini, cantándose un *addio alla Spagna* compuesto por el joven tenor, y por último, el sábado anterior, á beneficio de la Sra. Kenneth, volvimos á oír el primero y tercer acto del *Saltimbanco*, un dúo del *Elixir d'Amore*, y el célebre terceto de *papatache de la Italiana en Arquel*. Pietro Ferranti, el esposo afortunado de la Kenneth, que es uno de los primeros cantantes cómicos de Europa, tomó parte en estas últimas piezas. También á beneficio de la Sra. Giuli se ha cantado *Maria di Rohan*.

El teatro de la Zarzuela reúne todos los viernes una escogida concurrencia á la que ofrece magníficas obras musicales clásico-religiosas.—Como mi querido compañero Numa ha dado cuenta á los que leen la *Lectura* que para todos hacemos, de estas solemnidades artísticas, no haré mas que encomiar el celo y el entusiasmo que el Sr. Salas ha desplegado en beneficio del arte, al mismo tiempo que el talento de los instrumentistas españoles que están probando lo ingrata que es nuestra nación cuando admira á los que vienen envueltos con la poesía del nombre de extranjeros, y se olvida de los españoles que la honran en donde quiera que aparecen.

¡Qué sublimes cantos hemos oído en los cuatro conciertos celebrados hasta ahora! ¡Cuántas esperanzas hemos concebido! ¡Qué cercana hemos visto nuestra prosperidad musical! Pero no quiero detenerme en esto. Numa os dirá cuanto escuche ó vea hasta que yo vuelva á dirigiros la palabra; y por ahora me despido, prometiéndos en mi próxima revista una detallada reseña de todos los conciertos sacros.

He dicho que me despedía; pero no será sin anunciaros la llegada á Madrid del célebre pianista Gorla, y los próximos conciertos que va á dar esta notabilidad europea.

RÓMULO.

REVISTA DE TEATROS.

Escasas, y no muy buenas, son las noticias teatrales de que en el presente número tenemos que dar cuenta á nuestros habituales lectores. Mal empezó la semana, y no concluyó tan bien como hubiéramos deseado. Pero entremos en materia, dando principio por el juguete cómico en un acto y en verso, estrenado en el coliseo de Jovellanos, con el título *Por Faltas y Sobras*. Este engendro antiliterario, nacido y muerto en la misma noche, no merece ni aun los honores de que nos ocupemos de él, es una de esas vulgaridades que desde las primeras escenas hasta al público, el cual, en vez de indignarse como debiera con tales elucubraciones, las deja pasar con indiferencia, acompañándolas cuando mas con una sonrisa de desdenosa lástima. *Por Faltas y Sobras* es, no digamos un juguete inofensivo, como tantos otros que se ponen en escena para distraer al público, sino un sarcasmo sangriento contra las deformidades humanas: en él se apela en efecto á la naturaleza física, poniendo en escena personajes con quienes la naturaleza ha sido ingrata, con el fin de sacar de ellos un partido que nada tiene de humanitario, y mucho menos de cristiano. Porque una mujer sea fea, porque un hombre sea jorobado, ó cojo, ó tuerto, ¿es esta una razón para que se los saque á la vergüenza, poniéndolos en evidencia, y haciendo que sirvan de mofa y chacota á la sociedad? Por nuestra parte creemos que no hay nada mas repugnante que apelar á los defectos físicos para explotarlos, sacrificándolos á chistes y vulgaridades de mala especie.

El público, que oyó con indiferencia este esmerpento zarzuelesco, no quiso saber al final el nombre de sus autores, en lo cual le alabamos el gusto.

El tenor cómico Sr. Carratalá hizo su salida en la indicada noche, desempeñando el papel de un *maricon* jorobado con bastante gracia. Su voz, no deja de ser simpática, y los espectadores le oyeron con gusto.

Para concluir, suplicaremos al digno é inteligente director de este teatro Sr. Salas, que no se espantee hasta el extremo de admitir producciones que, como ya dijimos en otra ocasion, son mas bien para estar encerradas en el pupitre de sus autores, que para sacarlas á pública luz, y que en vez de acreditar á un teatro, contribuyen á alejar de él al público sensato.

En este coliseo ha tenido lugar el cuarto concierto sacro, en el que se repitieron muchas de las piezas musicales que se habian cantado en los anteriores. La sala, sin embargo, estuvo llena, y SS. MM. se dignaron presentarse en su palco. Las tres piezas nuevas que alternaron con las ya ejecutadas, fueron una melodía pastoril, de Robberchts, ejecutada en el violin por M. Daniel, con acompañamiento de piano por el señor Arriola; *La Caridad*, de Rossini, arreglada para violin, órgano y piano por Brisson, interpretada por M. Daniel y los señores Vazquez y Arriola; y el *noneto*, de Bertini, para piano, flauta, oboe, trompa, fagot, cornetin, viola, violoncello y contrabajo, ejecutado por los señores Miró, Sarmiento, Ortiz Rodriguez, Melliez (D. Camilo), Melliez (D. Agustin), Pló, Cassella y Muñoz (D. Manuel).

En todas ellas fueron aplaudidos por la numerosa y distinguida concurrencia los apreciables artistas encargados de su ejecucion.

El coliseo del Circo continúa tan favorecido como siempre, habiendo conseguido últimamente la Teodora una verdadera ovacion en el desempeño del papel de doña Juana, en el drama titulado *Locura de Amor*, puesto á beneficio de don José Maria Garcia. Baste decir, que el numeroso y escogido público que en la indicada noche ocupaba todas las localidades, se entusiasmó hasta el extremo de llamar diez veces á la escena, durante la representacion del drama, á tan distinguida actriz.

En el teatro del Principe se ha estrenado á beneficio de la Sra. Palma, la comedia en tres actos y en verso, original del Sr. Eguilaz, titulada *Mentiras dulces*.

El éxito fué bueno, gracias á su esmerada verificación y á los numerosos chistes de que está salpicada. Por lo demás, la última produccion del Sr. Eguilaz no pasa de ser un juguete, puesto que carece de las condiciones que constituyen una comedia. No hay en ella un pensamiento dominante; los caracteres son falsos y en extremo inverosímiles, y en cuanto á enredo, carece de él absolutamente. La única mentira dulce que vimos, fué la corona arrojada al autor al finalizar la comedia.

En cuanto á la ejecucion, fué bastante desigual. El Sr. Valero parecia como desorientado, y conociase que luchaba con recuerdos harto dolorosos. Sin embargo, en el tercer acto tuvo momentos felices que el público recompensó con espontáneos aplausos. La Sra. Palma hizo cuanto pudo por dar algun interés al incoloro papel de que estaba encargada; y Fernando Ossorio hizo con mucha gracia y naturalidad un criado andaluz, arrancando nutridos aplausos.

A la conclusion de la comedia fué llamado el autor á la escena en la que se presentó acompañado de los demás actores.

Ejecutose después la pieza nueva en un acto, titulada *El Habrador Sempiterno*, arreglada á nuestra escena por el Sr. D. Ventura de la Vega, y la cual hizo reír mucho. Este ingenioso juguete es una especie de monólogo en el que Fernando Ossorio no deja meter baza á ninguno de los seis personajes que le acompañan en escena, desde que se alza el telon hasta que cae.

A la conclusion tambien fué llamado el autor, y presentóse el Sr. D. Ventura de la Vega, acompañado del Sr. Ossorio.

La entrada un lleno.

Por último, en el lindo coliseo de la calle de la Magdalena tuvo lugar la funcion anunciada á be-

neficio de la inteligente actriz Mlle. Celine Montaland, poniéndose en escena la comedia en tres actos *Rose et Marguerite*, que agradó en extremo, tanto por sus situaciones llenas de interés, como por su excelente ejecucion por parte de la beneficiada y de Mlle. Laborde, y de MM. Montaland, Roche, André y Beaulieu.

Mr. James cantó con mucha gracia una *grande scene comique*, titulada *Le Sire de Franc-Boisy*, muy popular en Francia, que mereció los honores de la repeticion.

Al finalizar la comedia, los actores fueron llamados al palco escénico, y Mlle. Montaland obsequiada con una preciosa corona de flores que le arrojaron á la escena.

NUMA

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Catalogus librorum Doctoris D. Joach. Gomez de la Cortina, March. de Morante, qui in ædibus suis exstant. Tomus IV. Matriti. Apud E. Aguado, MDCCCLVII (1).

Sin introduccion entra en materia el cuarto volumen de esta publicacion, que, aunque cuenta 603 páginas de catálogo, solo abraza las letras desde la P hasta la R inclusives. Completan al final la obra, hasta la página 738, las biografias del famoso José Scaligero, traducida como la de Justo Lipsio, de la publicada en francés por Nisard, y acerca de cuyo mérito nada tenemos que agregar sobre lo ya expresado a hablar de la del Dean de Alicante, publicada en el tercer volumen de la obra; y la de Juan Passerat, traducida tambien del francés y extractada de sus obras.

Los articulos de esta cuarta parte del catálogo ascienden á 1,634, ascendiendo, por consiguiente el total de los de la obra, hasta el presente tomo, á la cifra de 7,605.

Interesantes desarrollos bibliográfico-biográficos promedian y realizan la reseña de muchas obras. Descuellan por su oportunidad y prolijidad: la biografia erudita de Anonio Paleario, que ocupa 17 páginas de menudo carácter; la de casi igual extension de Pedro Angel Manzoli, de cuyo poema latino el *Zodiaco de la vida*, reproduce el Sr. Morante un bello trozo, como muestra de la profunda moral que se contiene en dicha obra; la de Juan (después Felipe) Pareo llena de interés para los filósofos y la de su hijo Daniel, malgrado á los 30 años de su edad y que no cedió á su padre en el cultivo de las letras latinas, aventajándole en las griegas. Registranse tambien las biografias de no menos importancia que las anteriores: del jesuita Pedro Juan Perpiñá, uno de nuestros mas ilustres sabios valencianos; la del Florentino Poggio, escritor misceláneo del siglo xiv al xv, y aventajado clásico, politico y escritor religioso (en esta extensa noticia se incluyen algunas cartas interesantes de Poggio), y la de Juan Joviano Pontano, el *escritor mas elegante y mas fecundo del siglo xv*, segun se dice al ingreso de la biografia; con otras muchas, que fuera prolijo aducir.

Envidiable es, sobre todo, en la presente parte del catálogo, la copia de obras raras, ya por la escasez y á veces singularidad de unas, ya por el subido costo de no pocas, ya por la magnificencia de la edicion de las mas, ya en fin, por la procedencia de otras, y las curiosas y singulares notas marginales, puestas por anteriores poseedores en otras. Mucho debemos limitarnos en este particular; mas, sin embargo, citaremos algo de notable en cada uno de estos géneros.

Como edicion rara y ejemplar de mérito, figura la obra titulada; *Roderici Santii de Arévalo*, que ofrece una variada miscelánea histórica, en un volumen del valor de 2,000 rs. vn. Descuellan además entre las notabilidades reseñadas en el catálogo: La biblioteca latino-francesa de Panckoucke, ordenada por 58 autores, y que se contiene

(1) Véanse los números 43, 44 y 45 de la LECTURA PARA TODOS.

en 212 volúmenes, del costo de 7,200 rs. vn.; *Los Hombres Ilustres*, por l'errault, obra con retratos, y ejemplar el mas completo de los existentes, adquirido al precio de 585 rs. vn.; *El Philatelles*, capricho satírico en 16 hojas, edicion del siglo xv y que costó 147 rs. vn. (acompaña a este artículo una interesante noticia acerca de las ediciones de la obra, y acerca de su verdadero autor Mafeo Vegio); el rarísimo libro de Jacobo Poggio, ejemplar magnifico y unico conservado, que se sepa, y cuyo valor de adquisicion fué 923 reales vn.; las *Silvas de Angel Policiano*, ejemplar que perteneció al Brucense, y ha costado 500 rs. vn.; los *Autores antiguos de gramática latina*, por Putshio, obra en dos volúmenes, adquiridos por 2,000 rs. vn., llena de notas manuscritas de sus sábios y anteriores propietarios.

Tambien adornan esta coleccion modernos y extensos repertorios, como lo son la *Revista Británica*, que lleva publicados 99 tomos, y ha costado 6,000 rs. vn., y la *Revista de ambos Mundos*, con 117 volúmenes, y que representa igual valor.

Pero sobre todo, ni en este, ni en los anteriores volúmenes del catálogo, deja jamás de notarse enriquecida la biblioteca del señor marqués de Morante con abundancia de ediciones de autores latinos. No hay en particular clásico, que no figure en ella en numerosas y excelentes ediciones, y poco menos sucede respecto de los griegos de la antigüedad. Citaremos solo algunos latinos. De Plutarco, se cuentan en el catálogo 16 ediciones, una de Venecia, hácia el 1477, de gran mérito, y valor de 200 rs. vn.; y otra encuadrada en coleccion con otras obras de no menor valia en un solo volumen, que costó 1,050 rs. vn., y acerca de las cuales se lee una erudita digresion del Sr. Morante. Por último hay unas 59 ediciones de Plauto y obras referentes al propio autor; como 28 de Phedro; sobre 25 de Persio, y así de otros; pero ni el lugar ni la ocasion nos permiten ampliar esta relacion, ni dar cuenta de las mejores ediciones, en que se contienen.

FRANCISCO GAYOSO.

Primavera y flor de romances, ó Coleccion de los mas viejos y mas populares romances castellanos, publicada con una introduccion y notas, por D. Fernando José Wolf y D. Conrado Hermann. Dos tomos en 8.º Berlin, 1856.

No es una publicacion vulgar, una reproduccion tergiversada ó meramente añadida de otras colecciones de analogá naturaleza; la que se anuncia en el epigrafe. Es una concienzuda recopilacion de aquel género de composiciones, que los literatos de nuestra nacion han denominado romances; pero cuyo conjunto se ha formado entresacando los mas antiguos y genuinos de entre cuantos los editores han podido haber á las manos, prefiriendo los que ofrecen mayor interés literario é histórico y clasificándolos de una manera filosófica, todo á la luz de los principios de la mas sana critica. Debemos tributar en esta parte á la nacion alemana, mejor dicho, á sus estudiosos varones, la distincion justa de haber sabido llevar á cabo un delicado trabajo, concerniente á una literatura, tanto mas difícil de ser por los mismos debidamente apreciada é intimamente conocida, cuanto dista tan inmensamente del carácter de la suya propia, como distan entre sí los

respectivos idiomas, que constituyen el fondo elemental y material de ambas.

Valiéndose los Sres. Wolf y Hofmann de los estudios de nuestros nacionales, como el Sr. Duran y otros, y mejorando los trabajos de algunos de sus dignos antecesores en su propio pais, como el sábio Jacobo Grimm, han acertado á formar

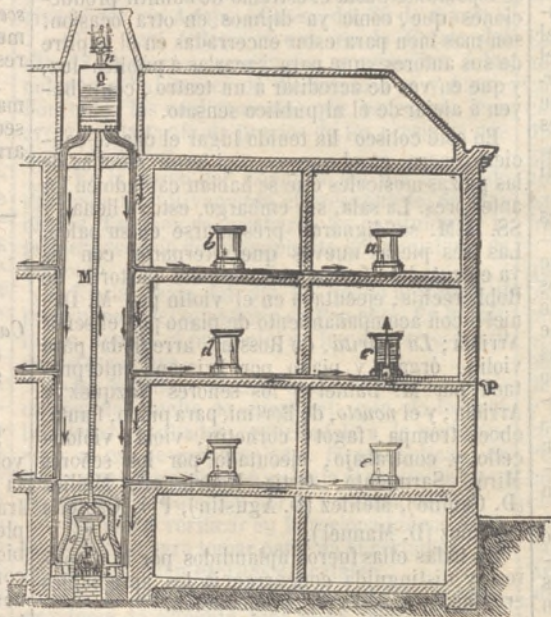


FIG. 5.ª

un conjunto nuevo, en materia al parecer tan agotada, interesante por lo bien sistematizado del todo y lo bien ordenado de las partes, ameno por lo escogido de los materiales, y bastante extenso en los dos volúmenes de unas 400 páginas cada uno. La introduccion, que encabeza la obra, es altamente erudita, critica y filosófica hasta donde cabe.

La belleza de la edicion agrega además un aliciente poderoso en favor de la lectura de este circunspecto trabajo.

En la introduccion disentan los autores detenidamente cada uno de los miembros de la division octupla de los romances castellanos, reduciendo definitivamente los mas antiguos ó originales á tres grandes clases: romances primitivos ó tradicionales, romances primitivos, refundidos por los eruditos ó poetas artistas, y romances juglarescos. Por último, un esmerado indice facilita el registro de cualquiera de los romances que en aquella se contienen.

Las notas que acompañan la edicion, ofrecen observaciones criticas muy oportunas, y numerosas variantes y referencias, que comprueban la minuciosidad y detenimiento de la publicacion.

Obras como la *Primavera y flor de romances, etc.*, de los Sres. Wolf y Hofmann, merecen encomio. La patria de las letras no conoce circunscripcion de territorios, ni limites en el tiempo: todos del emos aprovecharnos con agradecimiento de lo bueno que todos hagan, y en cualquier tiempo: y así, dejando á su lado el doloroso sentimiento de vernos aventajados por extranjeros en ramos particulares de nuestra literatura nacional, debemos, al contemplar los felices resultados, que á otros ha sido dado alcanzar, aspirar tan solo á seguir su elevado ejemplo, para que algun dia sea realizada, á fuerza de aplicacion y á favor de severos estudios, la fama literaria en

la patria de los Alarcones, Esproncedas y Quintanas.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Protogée ou de la Formation et des Révolutions du globe, par LEIBNITZ, traduit pour la première fois, par le docteur Bertrand de Saint-Germain. Un vol. in-8º; Langlois.

Los amigos de las ciencias y los admiradores de Leibnitz verán con decidido interés en esta obra el germen de las ideas, que prevalecen en la geologia moderna. La formacion de las capas terrestres, el fuego central del planeta, las especies animales perdidas; todas estas nociones de la ciencia actual se hallan indicadas con rasgos marcados en la *Protogea*. La introduccion del doctor Bertrand de Saint-Germain es un ensayo muy completo acerca de los origenes de la geologia, y nos enseña el cómo un gran número de nuestros descubrimientos modernos ha sido presentido por los hombres de genio en diferentes épocas. No hay que achacar mas que una falta al editor de la tradaccion de la *Protogea*, es el haber sustituido á los grabados de la obra original, grabados de un gusto mas moderno: parecense mas á lo que deben representar; pero habria sido mas interesante dar á conocer, en su primitiva rudeza, las ilustraciones de que se ha valido Leibnitz.

De la Baisse probable de l'Or, par Mr. Michel CHEVALIER. Un vol. in-8º. Paris, Capelle.

Conocido es ya por los lectores de la *Revista* (1) este nuevo escrito de Mr. Michel Chevalier; pero los artículos que han suministrado sus elementos, han sido revisados con el mayor cuidado, y completados con nuevos desarrollos. El autor ha agregado á su trabajo documentos justificativos de elevado interés. Supérfluo es hacer resaltar la importancia de la cuestion que ha examinado el docto economista, con aquella paciencia de investigaciones y aquel talento de exposicion que invierte en todas sus producciones. El libro que acaba de publicar es un tratado completo.

Histoire de la Ville de Parthenay, par Mr. BÉLISSAIRE LEDAIN. Un vol. in-8º; Durand.

La arqueologia es siempre fecunda en útiles y pacienzudos trabajos. La publicacion de Mr. Ledain contiene la historia de la villa de Parthenay, la de sus antiguos señores y la de la Gatine de Poitou, desde los tiempos mas remotos hasta la revolucion. Los numerosos pormenores que en ella se encuentran, se refieren á la pintoresca comarca del Corpute, que fué, á fines del último siglo, teatro de una memorable lucha, en que se desplegaron el valor y la tenacidad de las poblaciones del Occidente. Agréguese que la obra se halla escrita en términos de que interesa constantemente al lector respecto á la historia local sobre que versa.

(1) *Revista de ambos mundos*. Paris.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
— editor responsable y propietario. —

SUMARIO. *Los Amores mortales*, por Adrien Robert, pág. 244. — *Los Tramperos del Arkansas*, por Gustave Aimard, pág. 245. — *Viaje á Alemania*, pág. 248. — *Seccion religiosa*, pág. 252. — *Seccion científica*, pág. 253. — *Crónica estranjera*, pág. 253. — *Crónica española*, pág. 254. — *Revista musical*, pág. 254. — *Revista de lectos*, pág. 255. — *Bibliografía española*, pág. 255. — *Bibliografía estranjera*, pág. 256.

Advertencia importante. — La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra. — Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohibe su reproduccion en todo ó en parte.